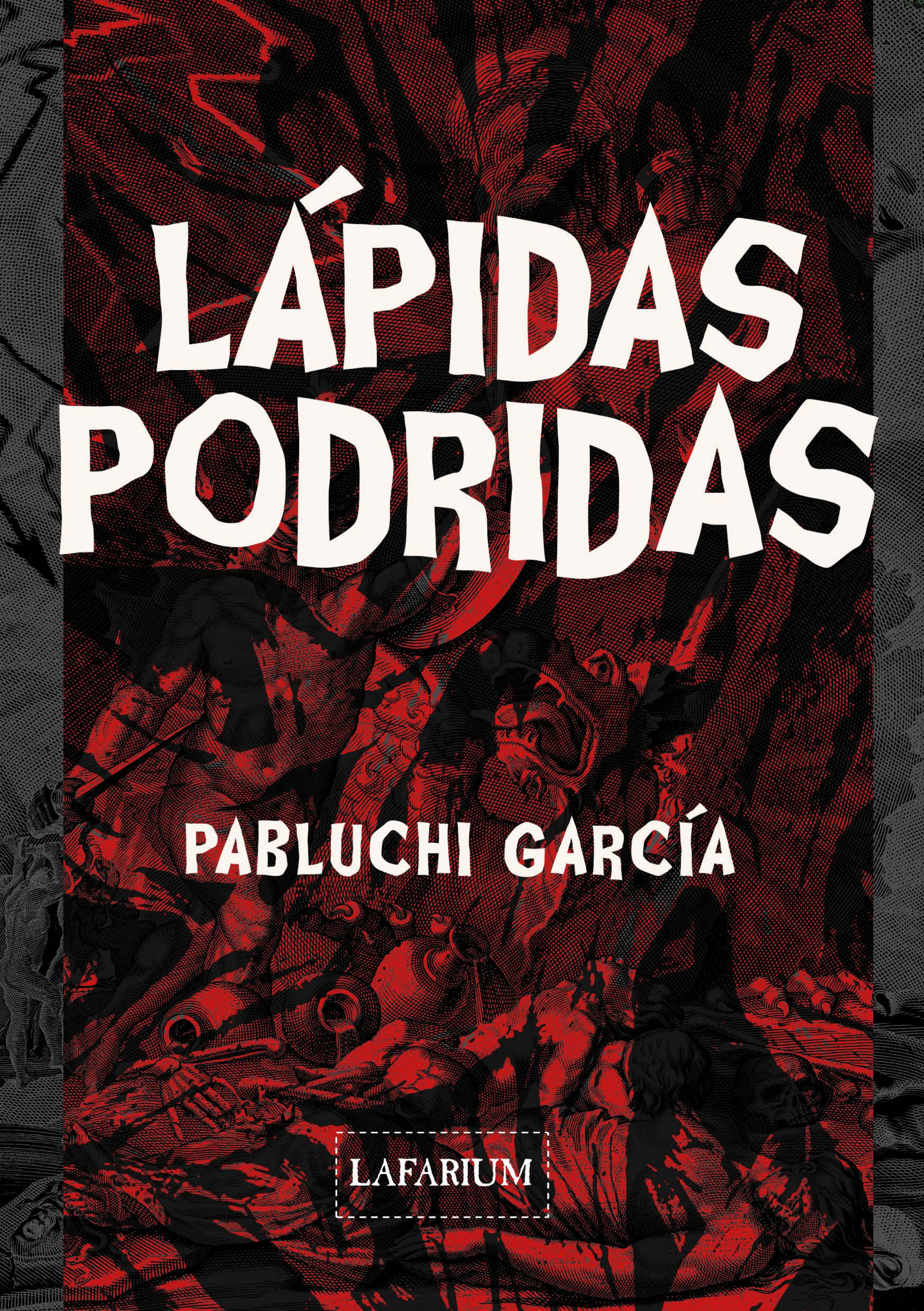

LÁPIDAS PODRIDAS
PABLUCHI GARCÍA
LAFARIUM

LÁPIDAS PODRIDAS

PABLUCHI GARCÍA

LAFARIUM

García, Pablo Daniel
Lápidas podridas / Pablo Daniel García. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial Lafarium, 2024.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-48761-7-1

1. Cuentos de Terror. I. Título.
CDD A863

Publicado bajo el sello Editorial Lafarium
Director Editorial: Diego Arandojo
Contacto: lafarium@gmail.com
Web: www.lafarium.com.ar

1° edición: julio de 2024

ISBN: 978-987-48761-7-1

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en Argentina

ÍNDICE

ADVERTENCIA

Suele ser habitual en los *slashers* que, antes de iniciar su calvario, los protagonistas se detengan en una estación de servicio perdida en medio de la carretera. Allí por lo general los atiende un empleado más o menos extraño, más o menos deforme que, por medio de un lenguaje ambiguo, les advierte: *no vayan a ese lugar*. Este empleado representa el célebre rol del *gatekeeper*, del guardián del umbral. Y, en efecto, para que haya aventura —o, mejor dicho, para que ocurra el sacrificio de los inocentes— los protagonistas habrán de desoír al guardián.

Pienso esto mientras escribo estas palabras y me doy cuenta de que, a las puertas de *Lápidas podridas*, me toca oficiar de *gatekeeper* y lanzarles una similar advertencia: *no entren en este lugar*. No, temerarios lectores, no se sumerjan en estas páginas que transpiran sangre, erotismo, locura. No se internen en este mundo plagado de rareza, de horror, de desenfreno. No se adentren en estos relatos que en verdad son el conurbano de un infierno que ofrece todo lo contrario a la serenidad bíblica o dantesca.

Sé que esta advertencia es inútil. No me prestarán atención. Bien por ustedes. En buena medida, el guardián abriga desde siempre la esperanza de que no le hagan caso. Su fracaso es en verdad su mayor goce. Por eso el guardián dice todas las

veces: *no lo hagas*. Porque sabe bien que los humanos, más que razonar, gustan de franquear umbrales, reglas, líneas fronterizas.

Adriano Duarte
Corrientes, 27 de junio de la Postpandemia

TENGO UN LIBRO EN BLANCO EN MI CABEZA

Tengo un libro en blanco en mi cabeza. Pide a gritos que lo escriba. Una tormenta se avecina; las olas mentales se agitan, mis neuronas estallan violentamente en forma de relámpagos. Ideas, ideas no es lo mismo que ideal. Inspiración, que nada tiene que ver con respirar. Entonces me ahogo, la garganta se cierra y luego me vienen ganas de vomitar palabras. Tengo un libro en blanco en mi cabeza.

¿Con qué lo llenaré? ¿Será un cuento fantástico sobre la dama del Himalaya? ¿Será una autobiografía de mi ingrata existencia? Deslizo mis dedos sobre el teclado. Los unos y los ceros se hacen legibles en la ilusoria pantalla del monitor. Escribo un par de palabras incoherentes como "Shajalaj" y "Bombatonia" sabiendo que son fonemas sin sentido. Quiero dárselos. No puedo. Dos palabras que no pueden nacer. Me deprimo, necesito llorar. El estómago se me cierra, no es de hambre, es dolor. Tengo un libro en blanco en mi cabeza y me duele, como nunca antes algo me había dolido.

Intento escribir una vez más, ahora sobre el papel y con una lapicera. Nada, mis manos no se mueven, están paralizadas. La agonía es insoportable, no puedo crear. El vacío es inmenso y no me salen lágrimas. Nada, no soy nada. Tengo un

libro en blanco en mi cabeza y necesito llenarlo.

Me garabateo el rostro con la lapicera. Sonrío, me siento un poco mejor. Impaciente voy al baño a verme al espejo. Exhalo una carcajada irónica que se vuelve amarga hasta convertirse en un sollozo desesperante. En mi frente se lee en mayúsculas la palabra: IDIOTA. La había escrito para que sea legible en el espejo.

Entonces todo se aclara. Una mente iluminada piensa mejor. Tengo un libro en blanco en mi cabeza, yo soy el libro. Desarmo la afeitadora y le quito la navaja. Comienzo a escribir. Lo hago de una manera rápida y sin detenerme. Soy un artista. La sangre me recorre el cuerpo, entra en mis labios y la saboreo con mi lengua, es el sabor de las palabras. Ardor es lo que siento en todo mi ser, pero está bien, me encanta. Camino hasta mi habitación manchando el piso. Necesito verme por completo y el espejo del placard es del tamaño justo. Me asombro al verme a mí mismo de esa manera, maltrecho, me convertí en un diablo. El rojo me cubre. Las letras no se entienden en todo este revoltijo de fluidos. Mi última ducha es dolorosa.

Esto en paz, la obra casi está terminada. Solo falta el título.

Agarro la cuchilla y la afilo durante un buen rato, no quiero ningún margen de error. Me siento en el piso del living. Respiro profundo y comienzo a cortar la carne de mis pier-

nas. Tengo miedo a desmayarme. *Hasta el hueso*, es la voz de mi madre lo que escucho. Eso me lo decía cuando comía las patas del pollo. *Hasta el hueso*. Así quedaron mis piernas. *Hasta el hueso*.

Amaso mis pedazos de carne para formar letras.

Mi vida se consume. Necesito poner los puntos sobres las íes.

Ya puedo hacer nada, no puedo moverme, no puedo completar la obra. Esto está mal.

Una sombra sale del armario. Mi desesperación ablandó el más oscuro de los corazones y antes de morir puedo verlo. Es alto y de torso largo. Sus piernas cortas son escamadas como su negro cuerpo. Sus cinco dedos son garras y tiene la cabeza de un chacal.

Me quita los ojos suavemente.

—Gracias.

Tuvo la gentileza de colocar mis globos oculares en su respectivo lugar. Ahora el título está completo.

TENGO UN LIBRO EN BLANCO EN MI CABEZA

EL FINAL

Lunes, Buenos Aires, Lanús, Año 1999. Martín Caraballo se despabilaba a las 8 AM. La parte derecha de la cama estaba vacía *¡Qué raro!,* pensó. *Elena habrá salido más temprano.*

Se levantó, aunque tenía ganas de quedarse descansando tenía que ir a la universidad. El café con leche con dos medialunas era un ritual cotidiano. En la mesa estaban las facturas, pero para asombro de él la cafetera no estaba en su lugar habitual. Buscó por toda la cocina, no la encontró, ni en lugares inusuales como la heladera (frízer incluido), el tacho de la basura, la alacena y el horno. Por un momento pensó que era una mala pasada de su cabeza, producto de la edad, o tal vez un duende ladrón. La primera opción era más probable, no porque no creyera en los duendes, los hay y los ha visto. Tenía un pacto con el mundo oculto, no volverían a meterse con él ni él con ellos, y la palabra en ese plano es un sello irrompible.

Salió de su casa y fue a la parada del colectivo. La espera en el fresco otoñal duró diez minutos. Mientras subía al 85, se le pasó por la mente un dejo de nostalgia o una especie de necesidad de recordar su vida.

—Uno setenta y cinco.

El colectivero pulsó la máquina y él colocó las monedas. No había espacio para sentarse, pero, por suerte, tampoco

estaba demasiado lleno. No soportaba viajar como ganado. A los pocos minutos de viaje tuvo un impulso de recordar. Por milésimas de segundo tuvo visiones. Su niñez, su madre, su padre, su maestro; el bautismo con fuego y la daga en el corazón; la oscuridad y la luz. Luego de ese momento dejó de recordar con el espíritu y comenzó a recordar con la razón.

Martín Caraballo tuvo dos vidas. Hasta los doce años fue un niño común y corriente, un poco introvertido, con una capacidad de aprendizaje que a veces sorprendía. Su padre falleció cuando él tenía cuatro años, su madre a los doce. El tío paterno fue el tutor del niño y ese tío fue también su iniciador y maestro en lo paranormal. Ahí comenzó su segunda vida.

No eran unos burdos adoradores de Satán o unos chantas de santería. Eran profesionales, tenían una vocación. Eran jueces y verdugos. Había una regla, que como todas pueden romperse, la intromisión entre planos era penada por los Sahuesos. Esa denominación fue creada por Magnus Jacques en el siglo XIX, porque no le gustaba la palabra policía o detective y Sabuesos le parecía un cliché. En síntesis, por poner un ejemplo, si un "demonio" de la dimensión llamada "Infierno" se escapaba de su plano y se entrometía con sus jugarretas en la dimensión "terrenal", ellos eran los encargados de ubicarlos, perseguirlos, atraparlos y juzgarlos. Desde ya una tarea ardua y mal vista.

El tiempo transcurrió, su tío cayó en el campo de ba-

talla. Él tuvo la suerte de jubilarse a los setenta años, con dos aprendices y el amor de una diosa que abandonó su inmortalidad para casarse con él. Ahora que lo pensaba le parecía patético, dejar la inmortalidad por un hombre, pero no se pueden discutir los caprichos de una mujer que tiene eones de edad. Jubilarse para un Sahueso significaba un retiro permanente de sus actividades esotéricas y ninguna entidad podía tocarlo o entrometerse en su vida porque padecería la destrucción de su ser, aunque siempre hubo suicidas. Martín, ahora, tenía una sola vida.

No es su pasado lo que nos compete sino su presente. A esta altura del viaje, cuando el 85 iba por Avenida La Plata al 1.500, ya estaba sentado del lado de la ventana. Observaba el paisaje urbano absorto en la rutina y un poco melancólico. Parecía un día más en el almanaque, sin embargo, percibía una pesadez inusual en el aire. Notó un zumbido en los oídos, con el colectivo en movimiento la imagen le pareció casi surrealista. Un coche estacionado desapareció frente a sus ojos como si una mano gigantesca e invisible aplastara el auto como si fuera un pedazo de papel, reduciéndose en milésimas de segundo, atomizando el invento metálico de la ingeniería mecánica. Al volver la vista hacia el interior del transporte público, esperando algún comentario de los pasajeros, una especie de horror se apodero de él. No había pasajeros y el conductor parecía no haberse percatado de lo sucedido. Martín se paró para ir a

hablar con el conductor con un dolor en el pecho que lo hacía rogar que no fuera un infarto.

—¡Ey, chofer! —gritó. El colectivero pareció no escucharlo.

Estaba a medio metro cuando el colectivo disminuyó la velocidad y giró suavemente a la derecha. Un peatón hacía señas desde la parada para que lo recojan. Antes de detenerse completamente, la estructura del vehículo sufrió una transformación vertiginosa. Comenzó a marchitarse, a reducir su tamaño. Martín se agachó pensando que iba a morir aplastado, en vez de ocurrir eso el colectivo desapareció y él cayó al suelo. Rodó un poco para no lastimarse y apaciguar el golpe. Se levantó del asfalto. Iba a hablarle al peatón que había parado al colectivo, cuando su percepción extrasensorial le advirtió de un detalle: la persona estaba vacía. Su mente se había evaporado, su alma había huido, en esa persona no quedaba nada, era un cuerpo inanimado, una cáscara vacía. El detalle de la inexistencia de tráfico y la ausencia del ruido de la urbe lo hizo estallar en pánico.

Martín Caraballo comenzó a correr como un chiquillo en busca de su madre que se aleja de la playa. Al transcurso de cinco cuadras su cuerpo agitado le pedía un descanso. Sentado en la vereda gritó lo más fuerte que pudo, no tuvo ni la respuesta del eco, el silencio era abrumador. Retrocediendo a su época de Sahueso pensó que tipo de entidad podía ser la

responsable de estos actos. No encontraba ninguna, aunque sospechaba que tal vez Morfeo lo pudo haber encerrado en un sueño de cristal, cosa que no creía probable ya que siempre tuvo una muy buena relación con el dios de los sueños. Recordar que Sigmund Freud era el lavacopas del palacio real le hizo sacar una sonrisa.

Surgió una brisa suave que arrebató el mundo. El espectáculo fue sublime. Los edificios de la ciudad perdieron su textura y color natural para tomar el de la arena. Con un soplo divino, que al poco se convirtió en ventisca omnipotente, la ciudad completa se fue esfumando. Era un escenario fantástico, la desolación irradiaba de las calles como único paisaje. El sol se apagó y las estrellas iluminaron lo que quedaba del mundo. A sus pies había oscuridad, sin embargo, sentía la física del suelo.

No intentó caminar, le parecía innecesario. Sentía paz, una paz que nunca había sentido. Estoy muerto, pensó. Las estrellas ya no titilaban, sino que con pequeños destellos fueron desapareciendo. Ahora Martín se sentía realmente solo.

Un foco de luz cayó sobre él como un actor en el escenario de un teatro. Comenzó a escuchar unos pasos lentos que se acercaban.

—¿Martín? —decía la silueta— ¿Martín Caraballo?

—Sí —contestó dubitativo— ¿Quién sos?

Recibió como respuesta una risa benévola. A medida

que la forma se acercaba a él revelaba su morfología humana. Era un viejo, canoso, flaco y encorvado. Llevaba puesto un pijama celeste y unas pantuflas del mismo color. Su mano izquierda sostenía un portasuero cromado con ruedas. Al llegar a Martín lo saludo con un abrazo y luego lo tocó en el rostro. Sentía una especie de familiaridad irracional.

—Yo te imaginaba joven y de pelo oscuro, pero, aunque estés tan viejo como yo te reconozco.

—¿Quién sos? —preguntó Martín.

—"Entonces quitó la daga ensartada en el cuadro, y el pecho del príncipe Fausto III comenzó a sangrar. Todas las acuarelas tomaron movimiento y como un actor shakesperiano falleció sobre la roca. El Sahueso juntó la sangre en un frasco y se retiró de la casa sin remordimientos. Tenía hambre, solo pensaba en un sanguche de bondiola y un vaso de vino tinto". Soy tu padre, Martín, tu creador.

—¿Qué?

—Sos el personaje principal de mis sagas "El Sahueso del Sur", una creación perspicaz, valiente pero no temerario, racional, aunque muchas veces impulsivo, un romántico en el siglo XX.

Hubo un reconocimiento y una aceptación muda. Luego Martín Caraballo se marchitó como una hoja de papel. Antonio Suárez, se quedó solo en ese mundo que era su mente. Fue la última neurona en desaparecer. El corazón del escritor

se había detenido hacía un minuto, pero su cerebro continuó funcionando durante sesenta segundos más. Aunque muchos creen que el "alma" se exhala, contrario a esto, va hacia nuestro interior, siendo el hábitat de nuestro ser la cabeza. No hubo ni cielo ni infierno para Antonio Suárez, solo la no-existencia. Martín todavía tiene esperanzas de renacer en alguna mente vívida. No hay más anhelo para un personaje que radicar en la mente de algún lector.

SEÑOR AZUL

La humedad se había vuelto una fuerza hostil. La pared estaba cayéndose, pedazo a pedazo. Tuvimos que encargar una nueva instalación de agua. Nos rompieron la mitad de la casa. Desde la cocina hasta el baño había una línea de destrucción que medía veinte centímetros de alto y unos diez de profundidad. La casa estaba llena de polvo. Los caños verdes quedaron fijos entre ladrillos y el agua corrió con fuerza sin filtraciones. Fue un logro de pareja, un primer paso por mejorar nuestro hogar, nuestro lugar. Juntar los pedazos de pared fue desgastante, limpiar el polvo fue odioso. Pasar el trapo y escurrir fue cansador.

A la primera ducha nos dimos cuenta de que de los huecos donde estaban los azulejos blancos con flores rosadas caían escombros diminutos. Ella me dijo que parecía la playa, era como tocar arena con los pies. Al día siguiente, mencionó que era diferente; el sedimento del ladrillo no tiene el olor de la arena, es más áspero y molesto, casi insoportable. El agua de la ducha mojaba la pared rota cada vez que nos bañábamos, dejando caer más arenilla. A ella se le ocurrió taparlo con bolsas. Traeme de consorcio y fuertes, me dijo. Cumplí. Ella tapió los huecos del baño con pedazos de bolsas negras y cinta de embalar azul. Su trabajo fue completamente funcional.

Lo vi mientras estaba sentado en el inodoro, giré la cabeza para sonarme el cuello y ahí estaba: el Señor Azul. El rostro se formaba con las líneas azules de la cinta, las perillas de agua eran sus ojos, no tenía nariz. Imaginaba que poseía una boca enorme que surgía de los pliegues de las bolsas negras. Parecía una imagen de *pixel art* maligna, como si el Minecraft se hubiera fusionado con Goya. Era pura cabeza y torso. No podía correr la mirada. Me perturbó con su hipnotismo.

Estábamos cenando cuando le hablé del Señor Azul.

–No digas eso que da miedo. Ahora cada vez que vaya al baño voy a ver al hombre azul.

–Señor Azul –le corregí.

No respondió y comió un bocado de milanesa.

Tuve un sueño vívido, de esos que son imposibles de olvidar. El Señor Azul se manifestó con su cuerpo de plástico teniendo una consistencia casi humana. Estaba parado al lado de la cama, observándome con sus ojos de perillas. Respiraba de una forma entrecortada, artificial, la panza se hinchaba y contraía con espasmos. Me tocó la cabeza con una mano enorme y apretó. Me pasó la lengua plástica por la mejilla. Yo permanecía boca abajo, paralizado. Trepó el colchón, quitó la frazada, me bajó el calzoncillo. Lo sentí posarse sobre mí, su pecho hacía presión en mi espalda. Escuché el sonido de una bragueta. No puedo describir el dolor. Abrí la boca muda. Necesitaba gritar.

–¡Qué te pasa, amor! ¡Qué te pasa!

Sus gritos y sacudidas me despertaron. Ella lloraba. Yo estaba semidesnudo, transpirado. Había meado la cama, largué todo lo retenido de la noche formando un charco enorme sobre la sábana. No sabía qué decirle, los recuerdos de la pesadilla se mantenían frescos. Quise hablar, balbuceaba, la única palabra que logré articular fue "perdón". Me largué a llorar. Las lágrimas bajaron gordas, pesadas y atroces. En un ataque de furia me dirigí al baño y mutilé al Señor Azul con una tijera. Una brisa gélida salió de la pared.

–¿Qué hiciste, amor?

Solté la tijera, la punta metálica golpeó el piso, una punzada en el corazón me quitó el aire. El Señor Azul parecía reírse desde sus heridas.

–Tengo que matar al Señor Azul –murmuré.

Regresé al barrio de mi infancia. Los paredones de las fábricas de Alsina donde tantas veces me había emborrachado en mi adolescencia se alzaban silenciosos. Ahí me encontré con el Lungo. Sin hacerme demasiadas preguntas me consiguió un calibre .32.

Esperé en la vereda enfrente del edificio. El sol me daba de lleno en la cara mientras las madres se congregaban en la entrada del colegio. Mi pierna derecha no paraba de moverse. Cada vez que pestañeaba era azotado por recuerdos vio-

lentos: mamá pegándome una cachetada porque no quería ir a la escuela, mamá olvidándose de irme a buscar, la puerta del salón de música abriéndose, la mano grande y peluda que me tapaba la boca, el ventilador girando incansable, la cinta azul, la bolsa de consorcio. Había olvidado todo hasta que llegó el Señor Azul.

Lo vi salir sosteniendo el escobillón, tenía canas y su piel estaba surcada de arrugas, seguía teniendo las manos peludas. Crucé la calle al trote, esquivé un colectivo, saqué la .32 del bolsillo de la campera. Las madres gritaron, él cayó al suelo. Lo rematé con un balazo en la cara. La sangre fluyó como el pis de mi cama, el cemento la absorbió voraz. Yo sonreía.

ENCUENTRO NOCTURNO

Maricel caminaba por los jardines de rosas de su gran caserón. Hija de un hacendado terrateniente, la niña de catorce años tenía el pelo rojizo y ondulado. Su inmaculada piel blanca presentaba algunas pecas que no hacían más que acentuar su hermosura. Era pequeña, sí, pero ya tenía el cuerpo de una mujer. Su padre, celoso, no le permitía contactos con otros niños, cosa que era una total estupidez, ya que por más que sus hormonas se habían desarrollado rápidamente, su conciencia era inocente. Claro que Maricel tenía conocimiento del sexo, no era idiota, pero eso no quitaba su ingenuidad. Muchas noches había tenido sueños húmedos, y en todos ellos aparecía su príncipe azul, como ella lo llamaba, un ser que siempre le brindaba amor. En sus sueños el príncipe le susurraba al oído, "T*e amo princesa, eres única, hermosa y purísima*", y luego ella gemía, no de placer sino de asombro ante el amor ideal.

Caminaba descalza, embriagada por el olor de las flores, atónita ante la radiante luz de la luna llena y las estrellas que titilaban danzantes. ¿Por qué estaba ahí afuera? ¿Qué la había hecho salir de su cama y escaparse por la ventana? Era algo que nunca había hecho, casi nunca tenía impulsos y cuando esto ocurría los negaba con todo el peso de la moral impuesta (de su padre).

Eran pasadas las doce de la noche, todas las luces de la casa estaban apagadas. El ambiente estaba decorado con una cortina sonora de grillos y el ulular de una que otra lechuza. Maricel vestía un camisón blanco, libre de sostén estaban sus pechos pronunciados. La niña comenzó a silbar una canción que había escuchado en la radio, de nombre irrelevante, solo el acto de silbar, de perderse en los sonidos más puros que salen de nuestras gargantas, un suceso que connota alegría. El silbido se ahogó bruscamente, un sonido intrusivo la hizo callar. Era un violín, un violín que sonaba detrás de los sauces, más allá del jardín, cerca del arroyo. Maricel se acercó en silencio, algo asustada, pero con una curiosidad que le otorgó valor.

Espió por detrás de una rama, agachada al pie del sauce. Lo que observó la dejó atónita, era un hombre el que tocaba el violín. Estaba de espaldas, por lo cual no podía verle el rostro, pero era alto y de buen porte, de cabellera larga y oscura. Vestía un traje de pana azul, unos pantalones negros y unos zapatos del mismo color.

—Puedes salir de tu escondite, princesa, no pienso hacerte daño —exclamó con una voz suave, casi melancólica. Luego se volteó y Maricel vislumbró ese rostro pálido y extremadamente liso, donde la luz de la luna se reflejaba dando la ilusión de brillantez, sus ojos amarillos la atemorizaron, pero parecían dulces como melocotones. El corazón de la niña palpitaba. Temblorosa salió de su absurdo escondrijo, pero no

dio ni un solo paso hacia el extraño, aunque su atracción era evidente.

—Mi nombre es Pierre, princesa ¿Cuál es el tuyo? —dijo con esa encantadora voz, luego comenzó a acercarse a la mujercita, con pasos lentos y rebuscados. Daba la sensación que le costaba caminar lento, como si él fuera más liviano que el aire.

—Maricel —contestó balbuceante. Pierre estaba a tan solo unos pasos de ella y este le extendió la mano.

—No dudes, ni temas. —Pero la verdad era que Maricel dudaba y temía. Sin embargo, accedió como hipnotizada a tomar la mano del extraño.

—Amo las noches de verano, el aroma del rocío en las flores, la tierra húmeda y las nubes encapotadas dignas de descargar la furia de Zeus.

¡Oh! Por qué no se callaba de una buena vez para poder salir de ese hechizo dialéctico, cada palabra que salía de su boca era una prosa digna de un poeta romántico y eso a ella le encantaba. Sabía que no era un ser natural, presentía que era el diablo, pero se negaba a creer que ese sujeto representara el mal. Su duda era algo que crecía en su interior, algo que se estaba apoderando de ella y aunque era imposible creerlo, en su vientre se extendía el deseo como una plaga arrasadora. Esa sensación la tenía paralizada, por todo su cuerpo crecía un apetito que nunca antes había sentido, era el hambre del placer

sexual. Ya no era su mente la que pensaba sino su cuerpo.

—Solo te pido que bailes una pieza conmigo.

Y ella sin decir una sola palabra aceptó. Danzaron juntos un vals mudo, él la abrazaba, tomándola por su cintura y luego giraban y giraban hasta tener la sensación de elevarse del suelo. La atraía hacía sí y luego la alejaba, para luego volver a poseerla. Era el rito sensual masculino, tomar a la mujer, poseerla. La hacía sentir que se encontraba bajo el cobijo de un dragón y en esa protección estaba la posibilidad de la violencia, de arrancarle la cabeza de un mordisco, esa es la incertidumbre ancestral del erotismo. Poco a poco Maricel se fue relajando, bailaba cada vez con más entusiasmo. Poco a poco iba perdiendo la cordura ante el arte corporal.

Pierre la volteó, dejándola de espaldas ante él, ejerciendo presión para que su presa no se escapara, pero como un conejo acorralado ella no presentó resistencia alguna. Apoyó su mano masculina sobre el pecho derecho de la niña y con la otra descendió hasta su virginal órgano. Ella gemía, sus pezones se endurecieron dispuestos a ser tomados por una lengua mojada. A medida que la mano de Pierre surcaba su cuerpo ella se estremecía, cuando estaba llegando a la ingle se le cortó la respiración, cuando los dedos caminaron sobre su monte de Venus la ansiedad era insoportable y al llegar a su vagina explotó en éxtasis. La coherencia estaba perdida, toda razón se subyugaba al coito. No hubo valor moral que no se rindiera

ante la política del cuerpo.

—Tómame, tómame, quiero que me penetres… mi príncipe —dijo casi en un susurro.

—No puedo hacerlo de la forma convencional, pero voy a hacerte gozar. Te amo princesa, eres hermosa y purísima.

Con esas palabras Maricel no hizo más que suspirar y abandonarse a la voluntad de ese ser. Pierre se agachó y al hacerlo bajó la bombacha que cubría las partes íntimas de la señorita. Pasó su lengua sobre sus rosados labios, ella la sentía áspera como la de un gato, pero no era aspereza en realidad, simplemente era un órgano seco y frío como el de un muerto. La sensación se fue atenuando a medida que el flujo cubría la boca de él. Maricel tenía los ojos entrecerrados, de vez en cuando echaba una mirada al sujeto que tenía entre sus piernas y luego echaba un vistazo alrededor. Decenas de pequeños ojos rojos y brillantes como rubíes la observaban desde los recónditos lugares donde solo había oscuridad. Eso la atemorizaba, pero placer y miedo pueden complementarse, además, ¿no era una alucinación? Lentamente fue llegando al punto cúlmine del orgasmo y, cuando este hizo su aparición, y sus piernas convulsionaron, todos los males del mundo parecieron desaparecer por un instante ¿O acaso hay algo más majestuoso que la implosión del goce?

—¿Satisfecha, princesa? —preguntó desde abajo y ella

asintió con la cabeza, luego se levantó. Él le llevaba una cabeza, acercó su rostro y besó los carnosos labios de la niña y ella sintió los suyos helados como el metal—. ¿Quieres que te penetre a mi manera?

—Sí, sí, por favor. Hazme lo que quieras.

Pierre volvió a besarla, primero en la boca y luego en su cuello. Olía su sangre, pura, joven, dulce. Ella ya se había sometido a su presencia, él la había elegido desde hacía mucho tiempo ¿Cuántas noches había pasado espiándola desde la ventana, viéndola como dormía placenteramente? Muchas, muchas noches. Y ahora, en ese encuentro nocturno, con sus cuerpos entrelazados, iba a tomarla. Pierre abrió su boca y enterró en su cuello sus diminutos pero filosísimos incisivos. Maricel sintió una punzada de dolor, intentó escaparse del hombre mientras pensaba en su error cometido, pero este la sostenía fuertemente y era incapaz de zafarse. La situación le provocaba un inesperado éxtasis. Poco a poco fue debilitándose, con cada succión su vida se iba perdiendo, su vista se nublaba. A su alrededor vio a esas criaturas de ojos rojos que se iban acercando a su amo ¿Qué eran? ¡Por Dios! ¿Qué eran?

Cuando Pierre terminó su trabajo, el cuerpo inerte de Maricel quedó tendido en el verde follaje.

—Es hora de que te levantes, niña —dijo con su delicada voz. El vientre de la joven comenzó a inflamarse y a deshincharse, para luego volver a inflarse. Desde el interior

del cuerpo se produjo un corte a la altura del abdomen. Dos diminutas manitos abrieron la herida, luego una criaturita asomó su pequeña cabeza. El rostro de la criatura era similar al de Maricel, pero su tez era oscura, tenía forma humanoide y presentaba dos alas parecidas a las de los murciélagos. Al salir comenzó a revolotear por los aires, después se posó sobre el hombro de Pierre y este le hizo un mimo en el mentón que la criatura aceptó con una sonrisa de dientes en punta.

—Eres hermosa. Vamos, muchachos, falta poco para el amanecer.

Cuando Pierre levantó vuelo para irse a velocidades sobrehumanas cientos de esas criaturas lo acompañaron en su viaje. He aquí un dato inusual sobre los vampiros, de sus víctimas nacen los *Splinkins*, eternos acólitos de su amo, sus vigilantes, recuerdos de sus víctimas. Ahora Maricel estaría por siempre al lado de su príncipe azul.

BRUCOLACOS

¿Por qué envejecemos? La verdadera respuesta no la tiene la biología. Envejecemos porque existen los vampiros. Ellos no beben sangre, sino nuestra fuerza vital. No los vemos, pero están todo el tiempo. Olvídense del sol, de las estacas, de todo eso. Son parásitos etéreos, están ahí cuando dormimos, cuando nos duchamos, cuando cagamos. Abren su orificio, que no es una boca y sin embargo se le parece. Es un agujero negro. Esos pequeños vórtices absorben nuestra vida. Son pequeños, pero muchísimos. Lo hacen todo el tiempo, matarnos me refiero, y no tenemos ningún repelente para ellos. No nos duele y a la vez sí, sentimos el cansancio físico, el envejecimiento, el pesar de los años.

Es raro, pero hay algunas personas que pueden verlos, pobre de ellos. Estas personas no los ven por alguna especie de don o maldición, ni nada de eso. Tampoco es por nacimiento, ni es una condición genética. Es por la luna. Hay un momento del año y un horario, el cual no puedo decirles, durante el cuarto menguante algunos ven un destello con el rabillo del ojo que sale de la punta de la medialuna. Sienten un pinchazo como de una astilla en ese desdichado ojo y desde ese momento y por por el resto de su vida van a ver a esas criaturitas que se alimentan de nosotros. No es un dato menor que muchos

de ellos terminan en un neuropsiquiátrico o suicidándose.

Conozco a una sola persona que tuvo el suficiente valor para soportarlo y mantener la cordura. La doctora Sheila Ranelli. Era zoóloga, falleció hace tiempo, de vieja. Estudió a las criaturas y las nombró *energeiatófagos*, pero para no hacerla complicada siempre se refería a ellos como brucolacos. Esos entes reposan sobre las superficies. Su estructura es multiforme y transparente, excepto cuando se alimentan ya que se abre el orificio negro. La negrura descripta por Sheila viene acompañada del sentimiento de depresión. Al ver ese negro antinatural tomaba conciencia, de una forma penetrante directamente en la psiquis, de que estaba vislumbrando el anonadamiento. La vida se convertía en *nada*.

Clasificó varias especies de brucolacos. Hay tres tipos comunes, los miniatura que miden entre uno y diez milímetros, los medianos que miden de cinco a veinte centímetros y los gigantes que se forman a través de una amalgama entre medianos y luego se estiran creando una membrana que no solo les permite planear sino también cubrir su nido. Estos últimos generalmente cubren como una manta edificios, teniendo una extraña preferencia por hospitales. Sheila tenía la teoría de que los gigantes eran los más antiguos de los medianos que se retiraban a una vida relajada, con alimento menos directo. Los más pequeños se alimentan de vegetales e insectos, de los medianos para arriba de animales. Vio muy pocos en el agua,

aunque nunca negó que en las profundidades pudiera haber algún tipo de ellos, esto se debe a la vida voraz bajo el mar y los brucolacos no son carroñeros. No se los puede sentir con ninguno de los sentidos, no emiten sonido, ni tienen olor y el tacto es inútil por su incorporeidad, solo algunos pueden verlos y nada más. O eso creía Sheila.

Me llamó una noche de agosto, desesperada. Uno de ellos la había atacado. Cuando llegue a su casa estaba alterada, tenía los ojos colorados del llanto. Me dijo que esa cosa era distinta a las demás, que tenía el tamaño de una persona y un formato, aunque cambiante, humanoide. Lo inquietante y aterrador fue que juraba que ese brucolaco se la quiso comer, no alimentarse de toda su energía sino comérsela físicamente. Aparentemente la criatura se abalanzó a ella mientras dormía y la inmovilizó, ella sintió su peso. Era la primera vez que tenía un contacto como ese con un brucolaco, también la primera que veía esa especie. Tuvo *tacto* con lo inmaterial.

No lo aseguraba por completo, pero creía que la cosa había emitido una especie de pitido, por los nervios no quería darlo por hecho. Le pregunté cómo había zafado y me contestó que simplemente gritó de miedo y la criatura simplemente huyó. Nunca voy a olvidar lo que me dijo a continuación.

—Pude ver el universo en ese agujero.

Luego lloró y yo simplemente la abracé. Pasé la noche con ella, no hicimos el amor, aunque en el pasado lo había-

mos hecho. Me llevaba veinte años, pero a mis hormonas no le importaban. No teníamos ninguna relación de pareja más que la amistad y un poco de sexo casual que nunca se volvió a repetir. No tardamos en dormirnos y ambos pasamos la mejor noche de sueño de nuestras vidas. Tal vez fuese sugestión, pero según ella luego de que esa cosa se fuera, todos los brucolacos que había en la casa lo siguieron. Por lo tanto, descansábamos sin ningún parasito. Al despertar ella estaba más tranquila y yo, aunque seguramente ambos, me sentía total y completamente energético. Lleno de... *voluntad.*

Pasé una semana llamando todas las noches a la casa de Sheila a ver cómo estaba, y con la curiosidad y la preocupación de si se había repetido el episodio. Por suerte no ocurrió nada, no obstante, volvieron los parásitos a la casa. Corté el contacto con ella durante dos meses y medio por viajes de estudio. Antes de partir noté su obsesión por esta nueva criatura. Tenía dibujado varios bocetos sobre su morfología, además de descripciones y teorías. Ahora estaba convencida de que la cosa había emitido "*una voz*". Decía que el pitido cada día lo recordaba más nítido, con más claridad y que detrás de ese había otro oculto, suave y articulado, pero todavía no podía descifrarlo. No me preocupé porque sabía cómo reaccionaba cuando había algo que no entendía. Así que me fui al exterior en plan de estudio. Aunque pasé más noches etílicas que en compañía de libros todos mis

planes salieron como lo esperaba.

Ya había pasado una semana desde que regresé a Buenos Aires cuando me acordé de Sheila. Estaba saliendo de un bar cuando decidí llamarla. Sonaba extraña. Me invitó a su casa. Cuando la vi me quedé estupefacto, estaba radiante, hermosa, más joven. Ninguna cirugía estética podía rejuvenecer tan perfectamente, ella parecía tener diez o quince años menos. Era una mujer de cincuenta que parecía de treinta y cinco. Nos sentamos en su sillón. Nos quedamos charlando con una botella de vino tinto de por medio. Reímos. Sus dientes blancos que antes estaban amarillentos por el tabaco me atrajeron, sentí erotismo ante ese cuerpo. Mis pensamientos se iban hacía lo líbico cuando Eros fue decapitado.

—Lo vi de nuevo —dijo ella y yo me quedé perplejo —. Realmente me quiso comer, pero ahora —Ella se sonrojó. — Bueno, ahora es mi amante. Y él, como te habrás dado cuenta, me da... *vida.*

Yo no podía hablar, estaba atónito. ¿Su amante? ¿Realmente dijo su amante? Era inconcebible y sin embargo habló con ese tono, ese tono de verdad. Cuando empezó a relatar sus encuentros yo comencé a horrorizarme. Cada tanto se reía y miraba hacia arriba, yo sabía que estaba viendo algo. Podía percatarme de que no estábamos solos en esa casa.

—Lo siento, Máximo. De verdad te quiero, pero él es tan celoso. No puede entender que tenga amigos hombres y yo

daría cualquier cosa por él. Y si te quiere a vos, yo no puedo negarme —en ese instante me paré de un salto, estaba realmente asustado, aunque escapaba a toda concepción racional.

Ella me miraba siniestramente. Me quedé duro mientras ella ponía su cara a escasos centímetros de la mía. Fue entonces cuando lo vi a través del rabillo de su ojo izquierdo. El agujero. Sentí una succión en mi nuca, algo que me atraía hacia atrás. Escuché el pitido, entonces la adrenalina subió y supe que debía reaccionar. Salí disparado. Directamente, sin pensarlo, atravesé la ventana que daba al exterior. No me importó cortarme. Corrí y corrí hasta que, al cruzar una calle, a diez cuadras de la casa de Sheila, fui embestido por un auto. Me quebré la cadera, hasta el día de hoy tengo cojera y uso bastón. Todavía tengo cierta paranoia. Todos vamos a morir, pero algunos pueden que sean devorados. Cuando veo el número de desapariciones no puedo dejar de preguntarme cuántos de ellos yacen en el limbo que de seguro es el estómago de ese brucolaco. Hay días que ciertos sonidos me hacen helar la sangre, aborrezco los zumbidos de oído. Pero a lo que más temo escuchar es aquel sonido suave y articulado detrás del pitido, aquel que con el tiempo se me hizo más claro y distinguible. Aquella "*voz*" casi humana que me seducía, que me llamaba a estar con él, aquella voz… del universo.

LA PANZA LE HABLA

Francisco esperaba sentado a que la puerta se abriera. Las visitas a su psiquiatra generalmente no solían agradarle, esta tampoco era la excepción, solo que había una situación de necesidad. Estaba asustado. Inhaló una pitada del cigarrillo, la llama fue dejando una larga estela de ceniza hasta que cayó por su propio peso al pie de Francisco. No dejaba de mover las piernas entrecruzadas. Finalmente, el doctor lo llamó. Tiró la colilla al suelo y la aplastó.

—Adelante —dijo el Dr. Alan Schütz. Francisco entró al consultorio y se sentó frente al psiquiatra.

—¿Cómo está, Pancho?

—Bien, doctor. Me siento bien —mintió.

—Adelantó una semana la consulta. ¿Tuvo algún episodio? ¿Tomó la medicación que le receté?

—Sí, doctor, sí —mintió nuevamente.

—¿Y? ¿Qué tal le fue? ¿Sigue viendo a la mujer de blanco? —La mujer de blanco estaba parada detrás del médico. Silenciosa y hermosa. Un ángel. Francisco se debatía entre callarse la boca o decirle que ella lo consolaba, y que no había tomado la medicación porque, si lo hacía, ella desaparecía.

—Hay otro, doctor.

—¿Otro qué?

—Otro espíritu.

—Pancho, los espíritus están en su cabeza.

—Este no, doctor. Este está en mi panza.

—¿Cómo sabe que está en su panza? ¿Lo ve?

—No, no. Me habla desde la panza. Lo siento acá. —Francisco agarró con ambas manos su prominente barriga y la sacudió. El Dr. Schütz emitió una sonrisa.

—Eso es cerveza, Pancho —dijo intentando ser gracioso. No lo fue. Francisco comenzó a llorar, mientras lo hacía se refregó el rostro con las manos deformándolo en un constante cambio de muecas. Al poco tiempo, todo su rostro estaba húmedo y con algo de incolora mucosidad esparcida.

—Dígame la verdad. ¿Tomó la medicación?

—No, doctor. No. —Volvieron a surcarle lágrimas en las mejillas esta vez las limpió con su pañuelo de tela—. Tengo miedo, doctor.

—Está bien, Pancho. Tranquilícese. Le voy a dar algo para que se ponga mejor.

El Dr. Schütz cargó la jeringa en uno de los tantos frasquitos que tenía en la vitrina, le pidió al paciente que descubriera su brazo y luego lo inyectó sin recibir protestas. El efecto de la droga era su última esperanza. Poco a poco la mujer de blanco fue esfumándose.

—¿Se siente mejor?

—Sí, doctor.

—Bueno, le voy a recetar otro tipo de droga. Esta vez tómela Pancho. Esperemos que la mujer de blanco y la voz de la panza no vuelvan a molestarlo. Ahora vaya un rato al patio, descanse. ¿Quiere pasar la noche internado? Puedo prepararle una orden para que se sienta más seguro en el hospital.

—No, estoy bien. Gracias.

Fumaba su quinto cigarrillo sentado bajo un árbol en el patio del neuropsiquiátrico. Se manoseaba la barriga, sonrió al no recibir réplicas. La voz se había ido. Al parecer era todo producto de su mente. Padecía esquizofrenia. Una droga para terminar con cada ilusión. Decidió volver a su casa.

Mientras viajaba en colectivo comenzó a estrujársele el estómago. Al principio eran unos ruidos grotescos, típicos de los jugos gástricos. Pero luego formó un vocabulario.

—Hola, puto. ¿Me extrañaste? —dijo la voz que se elevaba desde su interior. Ascendía órgano a órgano hasta retumbar en su laringe—. ¡Volví, putito de mierda! ¡Regresé!

Los pasajeros entrecruzaron miradas. Todos curiosos, algunos expectantes, otros divertidos y unos pocos espantados. Parecía el acto de un extraño ventrílocuo.

—¡Callate! ¡Callate! —Francisco, desesperado, comenzó a golpearse el estómago.

—¡No me duele imbécil! Sos patético, un sorete. Mirá las tetas de esa mina. Ñam ñam.

—¡Basta! ¡Basta!

—Tocá ese culito. Mirá que manzanita.

La gente comenzó a preocuparse, si era una actuación ya no era del gusto general. El chofer paró el vehículo.

—Flaco, bajate ya. Dale —dijo Francisco. Descendió del colectivo pidiendo disculpas al tiempo que su panza largaba obscenidades. Por suerte estaba solo a dos paradas de su casa. Fue corriendo. La mujer de blanco ya no estaba.

El olor a putrefacción que había en la pequeña casa era insoportable. En el living, frente al televisor encendido, yacía sentado el cuerpo de su padre. Tenía setenta años, la semana anterior Francisco lo había degollado. En su regazo estaba "Pochito" el muñeco parlanchín de su padre. Siempre había sido amable, hasta que Don Carlos enfermó, durante ese entonces se volvió obsceno. Hacía tres años que había cambiado su actitud y a medida que el cuerpo de su padre se marchitaba por el Alzheimer, "Pochito" se volvía cada vez más agresivo. Al final, Francisco no pudo soportarlo. La "voz" era su padre, era él quien hablaba tras el muñeco o, mejor dicho, la enfermedad que lo consumía. Una noche lo calló cortando su garganta. Pudo dormir en silencio durante dos noches, a la tercera el estómago empezó a crujirle y luego hablarle. Era algo que no podía controlar y ahora estaba convencido que ningún fármaco podría sacárselo de encima.

—Pero qué olor a caca que hay. Todo lo escatológico me encanta. ¡Dale, putito! Hace algo que está lleno de bichos acá.

—¡Callate! —Francisco tomó el insecticida que había sobre la mesa y comenzó a esparcirlo sobre el cadáver de su padre. Las moscas salieron de su boca en bandada. Una nube negra y zumbante cubrió unos minutos el ambiente para luego dar paso a un cementerio de insectos. La panza no cesaba de sacudirse ni de blasfemar. Francisco se duchó escuchando todo comentario irritante y provocador que descargaba su estómago.

—Che... ¿No tenés ganas de matar a alguien? Podrías salir a la calle a buscar a alguna putita y violarla de paso ¿O preferís algún nenito? Por mi está bien el ano.

—Basta por favor, no te soporto más.

—Esa es la idea imbécil. Quiero que seas mi esclavo, que hagas lo que te ordene. Puedo hacerte sufrir.

Su barriga comenzó a moverse de forma anormal, daba la sensación que sus intestinos se estaban enroscando. El dolor era feroz. La voz no dejaba de insinuarle que matara algo a la vez que incrementaba el dolor. Francisco decidió que era hora de matar algo. Agarró de la cocina la cuchilla con la cual había cometido parricidio y se dirigió a su habitación. Abrió la puerta del armario la cual contenía un gran espejo en su interior. La "voz" estaba furiosa, el estómago parecía intentar huir, aunque claro, era inútil. Insulto tras insulto fue acrecentando el sufrimiento, algo que terminó siendo contraproducente ya que solo le dio más valor para lo que iba a hacer. Asestó una

puñalada en el costado izquierdo de su abdomen y luego comenzó a mutilarse abriendo camino hacia el lado derecho. Curiosamente el dolor cesó antes de llegar al ombligo. La "voz" se convirtió en "grito". Finalizado el corte tiró el cuchillo y metió ambas manos en la herida.

—¡Hijo de puta! —exclamó Francisco mientras sacaba sus intestinos hacía afuera y los estrujaba. Sangre y mierda mancharon el suelo con cada desgarro de su propio cuerpo. Cayó hacia atrás, no sintió el golpe. Antes de morir vio por última vez a la mujer de blanco, ella lo besó. Y sus tripas… sus tripas se reían a carcajadas.

SEXONÍRICO

La moral ha muerto, yace tres metros bajo tierra. Sobre su tumba se ha construido un edificio piramidal: La Corporación. Hay símbolos en su cúspide, están tallados en mármol; una bala, una píldora, la antigua cruz está erosionada y sobre ella el grafiti de un control remoto. No ha muerto quien yace eternamente, dijo Howard Felipe, el xenófobo.

Él no vio esto, solo lo pensó. Toc, toc, toc. Ella se acerca con sus tacos altos, totalmente desnuda. Él la mira, siente el ardor que baja desde la boca del estómago hasta posicionarse entre sus piernas. Mira los vellos púbicos de ella, la punta de sus rulos lo están llamando, acentúa la mirada y ve en cada uno de ellos cuerpos que se entrelazan. Quiere aproximarse, no puede, está petrificado, ella va hacía él, su pene comienza a endurecerse con cada paso. Toc, toc, toc. Apoya ambos brazos sobre los hombros de él. Como una serpiente se enrosca, acerca su boca, lo besa. En sus lenguas se encuentran todo el entrecruzamiento categorial. Placer, placer, placer… miedo. La lengua de ella crece, se expande dentro de su boca, juega con su campanilla y a él le dan arcadas. La lengua comienza a introducirse en la laringe, luego pasa por la tráquea y continúa su camino por el sistema digestivo. Finalmente sale al exterior por donde ya se imaginan y sube (esponjosa y húmeda)

por su espalda, siguiendo el camino de la columna vertebral. Entrelazados, él quiere escapar, no puede. La lengua le lame el oído, siente que quiere meterse en su oreja y lo hace. Silencio, tímpanos destruidos. Mudo, sin cuerdas vocales. Pánico y dolor. Ella se vuelve etérea, desaparece. Él, solo en la oscuridad, caminando hacia la puerta iluminada. No la abre, mira por el pestillo. Escucha gemidos femeninos y un grito animal. Sale corriendo, evocando las horrendas imágenes. Un chimpancé con la cabeza de Freud o Freud con el cuerpo de un chimpancé se masturbaba frente a ella, la mujer hacía lo mismo. Ambos gozaban. La criatura le eyacula en la cara, ella se relame gozosa, llega al orgasmo.

No, no, no, dice él. Sí, sí, sí, dice ella y le pone la correa en el cuello. Están en un callejón iluminado, él atado en el poste. Ambos están desnudos. Ella se aleja, se pone en cuatro patas, estira sus manos hasta que sus pechos tocan el suelo, su cola parada. El ano bordó y dilatado le habla: penétrame, penétrame. Deja caer un hilo de baba marrón, mierda liquida. Él se excita y comienza a ladrar, ahora tiene cabeza de perro. Arranca la correa con sus manos, que ahora son garras con forma de ganzúa y sale corriendo hacía ese culo hambriento. Comienza a penetrarla, ella no dice nada, está muerta, es un cadáver en estado de putrefacción. Él le vomita encima asqueado, del vomito crece una flor. Una margarita con espinas. Me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere. Ella esta

desnuda en un bosque, arrancando los pétalos. Lo mira, le sonríe. Se acuesta boca arriba y abre sus piernas, acaricia sus partes. El clítoris comienza a inflamarse. Rojo, hinchado, llega al tamaño de una pelota de futbol. Él toma carrera y va hacia ella. Eleva su pierna derecha hacia atrás, el talón casi le toca la nuca…patea. El clítoris se arranca y sale disparado hacia el cielo nocturno. Se convierte en luna, colorada.

Siente un latigazo, cae al suelo. Tiene una cruz que arrastra, que arrastra, que arrastra. Ella, la romana. ¡Splat! ¡Splat! ¡Splat! ¡Arde! ¡Como arde la espalda! Un sonido histriónico, la risa. Cruci-ficción en el monte. Ella lo ensarta con sus clavos. Estigmas de tradición. Ella acaricia el cuadro de Fulano Parraviccini, que no existe y sin embargo es. Callada ella frota. Hacia arriba, hacia abajo. El mártir siente placer… NO. Ni inmaculada, ni santa la figura es él. Ella lo quiere, ella lo tiene. Lo saborea. ¡Es papel! ¡Es papel! *¡Soy papel!* Explota.

¿Quién se lo vio venir? Nadie. Inflamación testicular. Él piensa, vulgarmente, se me están inflando las bolsas de los huevos. Se contraen. Dolor de ovarios. Ahora tiene vagina, la de ella. Seca, está seca. Ella aparece. No tiene su pene. No dice nada, pero él sabe que quiere penetrarlo con eso. Se acerca, se acerca con…eso. Palpitación, era lo que sentía, un corazón que estaba por explotar. Sin embargo, nada.

¿Dónde estoy? ¿Dónde está él? ¿Y ella? A.Ca. Accesorios Carnívoros era el título del cartel de neón. Soy su presa, es

mi presa. Eslogan.

—Te amo.

—Te adoro.

—Como la vaca al toro.

Múltiples voces, todas de él mismo. Ella se pregunta ¿Por qué? Él no puede responder. Él le clava un anzuelo para tiburón en cada mejilla, quiere ver sus dientes con todo su esplendor en el espejo. Coito a tergo. Ella sonríe, sonríe mientras llora. Fricción y violencia. Va a acabar, va a acabar. Ella no gime. Él se aleja involuntariamente, cuando los miembros se separan retumba el sonido de un corcho saliendo de la botella. Es absorbido por una mano invisible, a lo lejos ella se ríe de él. Humillado, quiere llorar. La mano lo lanza por los aires. Siente que está flotando, su pene está libre. Siente el viento en la ingle y comienza a caer. Abajo, una gigantesca vagina dentada lo espera. Él, antes de ser devorado dice: Volveré de la muerte para eyacularte con mi esperma espiritual. Ñam, ñam. Su madre lo escupe al mundo. Llora, llora hasta ahogarse. Ella aparece, le acaricia el rostro. Coito ergo sum.

—¿Por qué? —pregunta él.

—No sé —responde ella y lo acuesta en su ataúd—. Dulces sueños —le dice con una voz suave, casi sobreprotectora. Luego le besa la frente.

—Te amo — dice él.

—Yo también —contesta ella mientras cierra el féretro.

TÊTE À TÊTE

La noche era húmeda. No llovía, pero la humedad era insoportable. El vapor surcaba el asfalto. Alejandro cruzó la calle, se acercó a la puerta roja. *Muy obvio*, solía pensar. La fachada de la vieja fábrica le parecía un cliché. Tocó el timbre. La cerradura produjo un sonido eléctrico. Empujó y entró. A pocos metros se encontraba el recepcionista. Era un hombre de unos treinta años, prácticamente pelado y sobrepeso alarmante. *Es un asco*, pensó Alejandro al ver la camisa manchada con mostaza. Metió la mano en el bolsillo interno de su campera y sacó una bolsa de cartón que le extendió al conserje, este la agarró con la mano izquierda, en la derecha sostenía una colosal hamburguesa. Dejó la comida encima del mostrador, se limpió las manos grasientas con su ropa, tomó el cigarrillo del cenicero, le dio una buena pitada y finalmente abrió el paquete. Escarbó en su interior.

—Perfecto —dijo el gordo—. Habitación quinientos dos, en el quinto piso. El ascensor no funciona.

Alejandro asintió con la cabeza y se dirigió hacia las escaleras, mientras el recepcionista continuó engullendo. Comenzó a ascender. *Putas escaleras*. De por sí el día no ayudaba con su dolor de cadera y cuando iba por el tercer piso sentía que no podía mantenerse en pie. Pese a todo logró llegar, se

estiró y sus huesos crujieron, con el rostro sudado entró a la habitación. No era un cuarto elegante pero tampoco el peor de su vida, lo que importaba era la discreción, por eso estaba ahí. Hay ciertos placeres, ciertas "cosas" penadas por la ley y él era, bueno… un tipo importante. Lo ilegal no suele ser barato, pero si valía la pena no reparaba en gastos. Colgó su campera en el perchero, luego se desvistió hasta quedar desnudo. Acomodó prolijamente su ropa en la silla. Fue hacia el baño. Había un inodoro, un bidé, la usual grifería, una ducha (sin bañadera) y una puerta corrediza de vidrio. La abrió. Su interior era de un tamaño apenas menor que la habitación. Estaba a oscuras, así que prendió la luz. Las lámparas, colocadas tanto en techo como en paredes, empezaron a parpadear. La radiación electromagnética ultravioleta iluminó tenuemente el lugar. El huevo metálico estaba en el centro, medía casi un metro de diámetro, varios cables lo conectaban a la fuente energética que brotaba del suelo. Alejandro apretó el botón sobresaliente del cascarón. Los cables se desconectaron y se retractaron hasta desaparecer. El metal irradió una tonalidad celeste y luego comenzó a volverse líquido. El plasma azulado le llegó hasta las rodillas, lo sentía frío al tacto. Observó cómo el embrión, que salió del huevo, chapoteaba mientras convulsionaba. Con las manos le arrancó la membrana que lo cubría y rápidamente el embrión comenzó a desarrollarse. Ojos, nariz, boca, cartílagos, vertebras, miembros. Cuando regresaba a la habitación,

Alejandro escuchó un chillido que luego se convirtió en el inconfundible llanto de un bebé.

Pasó una hora. Alejandro estaba desnudo tendido boca arriba en la cama. Fumaba un cigarrillo. El correr del agua que se escuchaba desde el baño cesó. Cuando el sintético entró a la habitación el olor a tabaco dominaba el ambiente.

—¿Desde cuándo fumas? —preguntó el sintético. También estaba desnudo. Alejandro se sobresaltó un segundo al escuchar su voz. *Nada que ver a como yo me escucho.*

—Hoy tenía ganas de un cigarrillo. Me pareció apropiado. —El sintético frunció el ceño. Alejandro lo miró de arriba hacia abajo, muy lentamente. Estaba maravillado con *su* belleza—. Date la vuelta. —El sintético sonrió y obedeció.

—Tengo un culo hermoso —dijo.

—Definitivamente. —Dio unos golpecitos sobre la cama a modo de llamada. El sintético se recostó a su lado. Alejandro le acarició el pelo mientras ambos se miraban a los ojos. Fue un instante mágico en el cual pudo vislumbrar el infinito en sus corneas, el reflejo de su propio ser. Se besaron. Se fundieron. *Dios no es perfecto, yo soy perfecto.* El sintético le humedeció el cuello con su lengua. Alejandro lo agarró por la mandíbula y le mordisqueó el labio inferior. *Te amo, ciencia*, pensó el uno. *Va a matarme*, pensó el otro. El sintético le devolvió el dolor del labio con una cachetada. Recibió un tirón de pelo que lo dejó mirando al techo, luego Alejandro le lamió la nuez de Adán.

A medida que las sábanas absorbían la transpiración comenzó la turbulencia de la despersonificación. *En octubre del 2038 se filtró información del S.I.M* [1] *dándose a conocer la tecnología para hacer sintéticos, un derivado de la clonación. De esta manera se ganó la guerra contra los focos independentistas que buscan la disolución de la democracia mundial ¿Acaso es lícita la replicación de soldados?* Alejandro recordó cómo transmitió la noticia por el MindWEB News mientras le succionaban el pene. *El uso de sintéticos es una blasfemia para el ser humano ¿En qué nos hemos convertido?* El otro recordó el cierre de aquel maravilloso programa de reportajes que conducía. *Es menester poner freno a esta abominación. Hoy, muy tristemente, escuché el caso de un prostíbulo que hacía réplicas sintéticas de niñas de ocho años, retardaban su cerebro y luego de su uso, las incineraban ¡Madres! ¿Cómo podemos permitir esto? ¡Sienten! ¡Los sintéticos sienten!* Su carrera política ascendía. Perdió las elecciones, esa vez, pero aplicaron la ley de prohibición de sintéticos. *¿Desde cuándo soy un hijo de puta?* Se preguntaron ambos. El momento de conciencia pasó. Recordaron su miembro, la sangre que daba vida a la erección, su sangre. Fornicaron como si Eros estuviera presente. Su sexo pasaba del desenfreno animal a la metódica razón. Cada orificio tenía su uso. Trataron de vencer a la geometría, pero sucumbieron a la anatomía. Luego comenzó la lucha, ambos presentían que eso iba a suceder.

[1] **N. del A. Servicio de Inteligencia Mundial.**

La eyaculación era su momento ritualistico, él era el dominio. Su método favorito era la acabada en la cara. Ver su semen desperdigado en el rostro ajeno era como un acto de presencia. Pero… eyacularse a sí mismo fue mucho más problemático de lo que esperaba, aunque para hacer honor a la verdad sabía de antemano lo que iba a ocurrir. Ambos pelearon en la cama mientras se acariciaban el glande, siempre humedecido con saliva. Había besos, mordiscos y manotazos. Se revolcaron entre las sábanas hasta que cayeron al suelo. El sintético cayó encima de Alejandro, su peso se distribuyó por toda la columna vertebral provocándole un terrible espasmo de dolor. El otro se irguió rápidamente y comenzó a masturbarse de manera apresurada mientras Alejandro intentaba incorporarse. *Este dolor es insoportable*, pensó mientras el semen le salpicaba la oreja y cabello. Se limpió con las sábanas mientras miraba a su jadeante reflejo, sus ojos transmitían el orgullo con fulgor, los suyos decepción y vergüenza.

—¿En qué estabas pensando cuando se te ocurrió hacer este jueguito? —dijo el sintético.

—En el tiempo.

—¿Tiempo? El que necesita tiempo soy yo. —Alejandro sonrió. —¿Es una especie de suicidio retorcido? ¿Buscas algún tipo de expiación?

Alejandro soltó una carcajada convulsiva. Estaba tentadísimo.

—¿Por qué habrías de matarme? ¿Por qué sabes lo que les pasa a los sintéticos luego de su uso?

—No me jodas. Podrías reventarme la cabeza de un balazo que a nadie le importaría. Lo más probable es que los dueños de este lugar limpien la escena del crimen antes que verse comprometidos en un conflicto legal.

—Yo lo razoné exactamente de la misma manera, pensás igual que yo —dijo cínicamente.

—¡Hijo de puta! Soy… vos.

—¿En serio? ¿Quién sos?

El sintético dudó.

—Alejandro Suárez —contestó con firmeza.

—Alejandro, ¿Te acordás de Eduardo?

Eduardo. Imposible olvidarlo. Alejandro, el sintético, recordó y solo tardó un parpadeo. Era su empleado favorito, un tipo al cual en un principio admiraba. Al comienzo sus fantasías eran sexuales. *Cómo te rompería ese culo.* La heterosexualidad de Eduardo era un impedimento que acrecentaba su morbo. Un hombre casado, con hijos, feliz. *Te lamería los huevos hasta que te hirviera la leche.* El padre de América, un macho latino. Una noche mientras se duchaba se le introdujo en la mente una imagen, él lo estrangulaba. En un instante pudo sentir la presión que ejercían sus manos en torno a la garganta. Tuvo su mejor masturbación en años. Al día siguiente mandó a Eduardo a hacerse un análisis de sangre. Le costó tres mil kredits

coimear al médico para que le devolviera la muestra, cinco mil quinientos para el diseñador genético y dos millones para imprimir la copia, gentileza del mercado negro. *Una ganga.*

—¡Qué noche! —exclamó Alejandro. El sintético se tocó la sien e hizo una mueca—. Los recuerdos duelen.

—No soy tan enfermo como para asesinarme a mí mismo.

—¿Seguro?

—Sí.

—Muy bien. Las neuronas todavía están en proceso de expansión…

—Tardan cuatro horas en recopilar todos los recuerdos…

—Programados personalmente por el cliente una vez que obtiene la edad deseada… ¿Qué aprendimos esa noche?

—Que el sexo y la muerte combinan bien.

—Y…

Alejandro se abalanzó sobre Alejandro. Le dio un puñetazo que le quebró la piel del pómulo. Lo golpeó una y otra vez, hasta que los nudillos le sangraron. Alejandro, mientras recibía puñetazos, se reía. Su rostro se desfiguraba por los hematomas. *Yo lo hubiera asfixiado, salí agresivo esta vez.* Fue su último pensamiento. Le estrujó el cráneo contra la pared. La estructura ósea se aplastó como si fuera una sandía, la materia gris decoró la pared. Le quitó la mano del rostro y el cuerpo

descendió marcando su recorrido en rojo para luego tumbarse de boca. Ahora la habitación olía a una mezcla de sudor, tabaco y mierda. *Dos meses, dos meses. Lo sintético dura poco. El cuerpo se degenera, músculos, huesos. A los tres meses no se puede mantener en pie, muere sin envejecer, la fragilidad de un nonato. Si la calidad es buena no importa el costo. ¡Un alto precio! ¿Qué aprendimos esa noche? ¿Qué aprendimos esa noche? ¿Qué aprendimos esa noche?* Le picoteaba el cerebro.

—El valor de la eternidad —dijo.

Una hora más tarde Alejandro recordaba cómo había entrado por aquella puerta roja. *Muy obvio*, solía pensar. La fachada de la vieja fábrica le parecía un cliché. Tenía dos meses para vivir, en dos meses moriría y luego resucitaría. *Yo soy yo.* Se vistió. Antes de abandonar la habitación le echó una mirada a su cadáver. *Tendría que haberlo asfixiado.* Bajó corriendo las escaleras, lleno de vigor. *Espero que para la próxima ande el ascensor, no quiero volver a sentir ese dolor de caderas.* Llegó a la recepción y le extendió al gordo un billete de mil kredits.

—Por las molestias. —El gordo lo saludó sin dejar de masticar. *Es un asco*, pensó. Y mientras salía le dijo: Hasta la próxima.

OLOR DE ALICIA

Cuando era chico, Alicia ya era vieja. Hoy tengo cuarenta años y Alicia sigue siendo vieja. Mi papá decía que siempre fue vieja. Alicia camina por el barrio de Piñeyro con su carrito de compras, se sostiene con sus manos gordas porque tiene las piernas atrofiadas y camina muy despacio. Desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde hace las compras a su tiempo lento. Ningún vecino sabe dónde vive y nadie se lo preguntó, todos conocemos a Alicia. Desde niño me llamaba la atención que usara zapatos blancos de bailarina. Cuando éramos pibes, mis amigos y yo, hacíamos teorías sobre sus zapatos. Si me pongo a pensar nunca los cambió, eran los mismos, blancos.

Sus zapatos empezaron a oscurecerse hace dos años. Me di cuenta en el almacén de Claudio, yo leía un mensaje de texto de mi mujer. Alicia estaba a mi lado, corrí la vista para verle los pies deformes y ahí estaban unas manchitas grises en sus zapatos blancos. En ese momento Alicia empezó a largar olor. Era similar al de la humedad, como el de esas casas viejas de ventanas siempre cerradas. Habrán pasado unas dos o tres semanas cuando se volvió más intenso. Todos empezamos a notarlo. Alicia olía a zanja sucia en verano. Nadie decía nada, pero todos hacíamos señas con la nariz.

A los tres meses los zapatos de Alicia estaban amarillentos y las manchas grises se extendieron desde el talón hasta la punta en líneas que se iban entrelazando. Algunos comerciantes dejaban la puerta abierta cuando ella entraba. Al llegar el invierno ponían sahumerios, velas o los aparatos esos que tiran perfume. Para la primavera, Alicia, ya estaba podrida.

Empezamos a evitarla, a cruzar la calle, a no entrar al negocio donde estaba. Unos días antes de navidad fue a la juguetería de la avenida Galicia y empezó a dar vueltas entre las góndolas. Yo estaba eligiendo el regalo para mi hija y el lugar se llenó del olor de Alicia. No la veía, pero escuchaba el chirrido de las ruedas oxidadas de su carrito. No podía pensar qué regalarle a mi nena. El olor de Alicia te penetraba en la nariz e iba directo a la garganta, se saboreaba y era horrible. Agarré la primera muñeca que vi, fui hacia la caja apurado. Había una cola de tres personas, ella se puso detrás mío. La gente empezó a tocarse la nariz, yo intenté contener las arcadas. Los cajeros cobraron rápido y no se gastaron en envolver los regalos. Antes de salir miré los zapatos de Alicia, estaban casi negros.

Las fiestas de nochebuena fueron nauseabundas. Odio la navidad desde que mi viejo se murió de un infarto después del brindis. Esta navidad fue peor. Todas las casas del barrio tenían el olor bien adentro. Comer era un asco, el gusto de la comida se mezclaba con un olor a podredumbre insoportable que se juntaba al tragar. Toda la familia tenía el estómago

revuelto. Mi nena fue la primera en vomitar. Yo me largué a llorar, las luces del arbolito parpadeaban, agarré el whisky esperando que su ardor me quitara toda la mierda que sentía. Salimos a la calle. Las caras de los vecinos mostraban la desidia que sentía Piñeyro, una comunidad que estaba sufriendo. Alfredo, el vecino de enfrente, salió con una escopeta en la mano. Gritaba que había que matar a esa vieja hija de puta. Nadie le llevó la contra y nadie contestó. Alfredo caminó con la escopeta en alto hacia el lado de las vías, decían que por ahí vivía Alicia. Se hicieron las doce y los fuegos artificiales iluminaron la noche. El olor a pólvora nos dio un momento de paz. Mi mujer y mi hija se fueron a vivir a Banfield con mi suegra. Yo me quedé en la casa vacía. Hacía dos meses que Alicia había desaparecido y el olor seguía intenso. Alfredo juraba que no hizo nada, que sí, que la iba a matar, pero que nunca encontró la casa. Algunos le creían, otros no. No importaba. A esa altura ni siquiera le sentíamos el gusto a la comida, nos habíamos acostumbrado a que entrara directamente en el esófago sin masticar. Estábamos flacos, casi famélicos. La piel se nos volvió seca y amarillenta. El agua que salía de la ducha olía a huevo podrido. Los susurros que hicimos con los vecinos se volvió una exclamación. Teníamos que encontrarla.

La buscamos todos los días mientras el otoño se acercaba. En cada cuadra una casa sumaba un cartel de venta o alquiler, pero nadie compraba ni alquilaba por más que los

precios eran un regalo. Los interesados no podían soportar el olor de Alicia. Los perros, los gatos y los pájaros huyeron de a tandas, ni los más fieles se quedaron con sus dueños. Las cucarachas, los mosquitos y las moscas permanecieron en Piñeyro. Nosotros también.

Fue la última semana de marzo cuando unos chicos encontraron los zapatos negros de Alicia debajo del puente de la vía abandonada. Uno de ellos intentó levantarlo, se desmayó y empezó a convulsionar, fue el otro el que nos dio aviso. Hicieron que yo confirmara que eran los suyos. El calzado descansaba sobre la tierra y nadie se animaba a tomarlo, para qué, decían, si Alicia debía estar muerta, tirada en algún zanjón y que el culpable era Alfredo y que por eso había huido con su familia. En pleno griterío vimos a Alicia venir hacia nosotros con su carrito de compras, las ruedas chirriaban por el óxido. Sus pies estaban al aire; deformes, descalzos, sucios y lastimados. El olor de Alicia era mucho peor cuando estaba cerca. No podíamos movernos. Alicia me miró directo a los ojos. Sentí que mi frente se hinchaba, una punzada en los oídos hizo que el hedor dejara de existir por unos segundos. Alicia intentó agacharse, no podía. Respiré todo su olor y agarré sus zapatos. Mis manos se entumecieron al tocarlos, quise alcanzárselos y me hizo una seña hacia abajo. Se los puse. La nariz empezó a sángrame. Alicia siguió caminando con su carrito por La Rioja hacia una avenida Galicia llena de locales con persianas bajas.

El barrio es un yermo urbano desolado. Unos diputados propusieron utilizarlo como basurero, pero el proyecto fue vetado por mayoría, se temía que Alicia se fuera a contaminar otro municipio, era mejor dejarla ahí. Nos mudamos a la casa de mi suegra. Hoy la vi por YouTube. Un pibe la filmó con un dron, Alicia seguía deambulando por las ruinas de Piñeyro. Su piel estaba cubierta de moho negro, era una mancha negra en la pantalla. En el video se muestra cómo Alicia cambió el patrón de su andar. Comenzó a ir hacia el sur.

El barrio de Gerli comenzó a sentir su olor. Siguió Lanús, luego Remedios de Escalada y, ahora, se acerca a Banfield. Alicia se está acercando. Quiere que vuelva a ponerle los zapatos.

DONDE VIVEN LOS MUERTOS

Cuando era chiquita me quedaba a dormir todos los viernes en lo de mi abuela Cuca y ella me contaba historias que le pasaron, cuentos reales. No importaba el decorado fantástico de aquellos relatos, todos eran verdad, porque una abuela jamás mentiría a sus nietos.

A mí me encantaban sus relatos tenebrosos; como aquel del sátiro de Avellaneda que recorría los techos como un gato y raptaba chiquillas. Pobre mi tía Emilce, Mi abuela le hizo algo tremendo. Cuando vivían en Sarandí, en la casa de doña Consuelo, mi tía Emilce solía quedarse hasta la madrugada leyendo en la cocina. Una noche leía *Mujercitas* y mi abuela como quería que se fuera a dormir, no tuvo mejor idea que acercarse con sigilo y girar el picaporte de la puerta tres veces, después se escondió. Mi tía gritó asustadísima y se fue corriendo a la cama. No pudo dormir por muchas noches. Juraba que el sátiro había intentado entrar a la casa para llevársela y mi abuela le contestó que por eso no debía quedarse despierta hasta esas horas. Mi tía Emilce, tardó cuarenta años en enterarse de la maldad que le había hecho su madre, mi tía también dejó de leer, ficción al menos, y se dedicó a la política.

Otra de las historias que me fascinaban de chiquita era la del carnicero rabioso. Mi abuela decía que se llamaba Don

Osvaldo y que tenía una carnicería en la calle Perú, entre Méjico y Uruguay. Hoy en día, si pasás por el barrio de Piñeyro, se sigue viendo la cabeza de vaca hecha de cemento en la pared, derruida y erosionada por el tiempo, una gárgola en la carnicería. Nunca se supo qué animal había mordido a Don Osvaldo, hay quienes dicen que había sido un perro callejero, otros una rata gigante y hasta hay quienes afirman que había sido un murciélago, pero todos en el barrio sospechaban de la gata Lulú, una gata vieja y gris con cara de bruja. La cuestión es que, de un día para el otro, Don Osvaldo empezó a actuar raro, gritaba mucho y atendía a los clientes con una euforia que no era habitual. Mi abuela me dijo que una vez el carnicero la amenazó con la cuchilla y su padre, cuando se enteró, fue a enfrentar a Don Osvaldo. Cuando volvió a la casa, mi bisabuelo estaba asustado; esa fue la única vez que vi a papá con cara de miedo, decía la abuela. Don Osvaldo se volvió loco el 13 de enero de 1935, todo el barrio se conmocionó. Cuando abrió la carnicería y los primeros vecinos fueron a comprar, salieron todos despavoridos para llamar a la policía. Dicen que Don Osvaldo había cambiado las góndolas de las reses por otra carne, la carne de su propia familia. Donde iban acomodadas las terneras estaban los cuerpos desmembrados y despellejados de sus hijos; con su mujer hizo carne picada y achuras, y con su suegra el bofe para las mascotas. La policía mató al carnicero a balazos cuando éste se resistió a la deten-

ción, en ese momento llevaba una enorme cuchilla en mano y largaba espuma por la boca.

Sin embargo, la historia que más me fascinaba era la del tío Luisito. Mi abuela era la menor de doce hermanos. De aquellos doce, tres murieron antes de los cuatro años. El nombre de mi abuela era Olga, pero todos le decían Cuca porque se llamaba igual a una hermana muerta de tuberculosis y a los hermanos les daba mala espina.

Su hermano Luisito, al cual nunca nadie lo llamó Luis, falleció el 2 de junio de 1930, mi abuela tenía cinco años y él dieciocho. Luisito era de esos tipos cancheros que en su picardía se hacía adorar, pero tenía alma de malevo, según mi abuela Cuca. Una noche había ido a bailar al teatro Monumental de la avenida Galicia y terminó a las trompadas con un par de tipos. Durante la escalada de violencia empujó a uno de los hombres y lo lanzó por el balcón. Su compañero sacó una navaja y le metió tres puntazos en la espalda al tío Luisito. Herido, bajó solo las escaleras y al salir a la calle se encontró con el otro, que por la borrachera o la bronca parecía no sentir dolor, entonces recibió otros cinco puntazos más en el abdomen. Del teatro a la casa de mi abuela había tan solo cuatro cuadras, el tío Luisito llegó a la puerta y ahí se cayó al suelo. A la mañana, cuando mi bisabuelo se iba a trabajar, encontró el cadáver de su hijo. La familia perdió a su cuarto miembro y encima, en honor a la verdad, el más querido.

En ese entonces los velorios de las familias humildes se realizaban en las casas. Dejaban al muerto en una habitación o en algún pasillo, todo dependía de la humedad según mi abuela. El cuerpo de Luisito lo habían colocado en su cama. Los familiares, que eran muchos, pasaban a darle el adiós con un beso en la frente. Mi abuela le dio un beso en la boca. Su madre se enojó muchísimo y no le permitió volver a entrar a la habitación.

En aquella época los velorios duraban unos tres días, al segundo día mi abuela ya estaba podrida de ver a tanta gente vestida de negro, incluida ella misma. Quería jugar a cualquier cosa con tal de distraerse, pero todos la ignoraban, incluso sus dos hermanas mayores, Irma y Eva. Así que mi abuela los odió a todos y aún más a Luisito, por morirse. La noche del 3 de junio agarró sus frazadas y se fue a dormir al patio, sola. A las dos de la mañana vio a mi tío Luisito, parado frente a ella, con su ropa póstuma y su sombrero preferido, estaba pálido y la luna, que se asomó entre un claro de nubes, acentuaba la blancura de la piel. Chau, Cuca, te quiero mucho, le dijo. Luisito abrió la puerta y se fue en silencio. Al otro día la casa era un griterío. ¡Se robaron a Luisito!, ¿dónde está Luisito?, exclamaba la familia, pero nadie le preguntó a mi abuela si había visto algo. Ella nunca dijo nada, salvo a sus nietos, muchos años después.

La historia del tío Luisito me obsesionaba, la imaginaba con cada detalle. Cuando tenía diez años le pedí a papá que

me comprara una cama para las barbies y él me compró una casa entera, yo solo quería la cama, la casa de juguete no se parecía en nada a la de los padres de mi abuela, no como me la describía, porque era una casa horizontal, larga y con habitaciones entre un pasillo recto sin techo que daba a la intemperie. Y la casa de Barbie era alta, de dos pisos… no era la casa de mi abuela. Al menos esa casa de juguetes tenía una cama, así que podía realizar mi obra. Mis muñecas y algunos muñecos de mi hermanito realizaban la velación. Mi muñeca preferida era la que yacía muerta en la cama y yo me sentía atraída hacia ella, como si la muñeca y yo fuéramos la misma persona. Todos lloraban por mí, la Barbie morocha, el Ken, He-Man, una tortuga ninja y dos G.I-Joe. Entonces la muñeca se levantaba, se reía y se iba caminando.

Cuando murió mi abuela le pedí a mamá a puro llanto que la velaran en casa. La única respuesta que logró silenciar mis súplicas fue que el gobierno no lo permitía. La abuela Cuca se puede levantar mamá, ¡Se puede levantar!, pero la abuela no se levantó y después del velorio la cremaron. A partir de los once años no volví a jugar con muñecas nunca más.

En enero del 2012 me diagnosticaron leucemia. Tenía veinticinco años recién cumplidos. No podía aceptarlo, me negaba a creer que mi cuerpo se revelaba contra mí siendo joven, se supone que esas cosas no pasan, pero pasan. Y cuando te pasan, ves la muerte en todos lados y también ves la vida y

todo lo que te vas a perder. Entonces yo me puse en morbosa, en la televisión miraba documentales sobre Evita donde siempre tocaban el tema de su muerte, hacía zapping y buscaba programas sobre hospitales y enfermedades, y si antes disfrutaba de películas de zombis, ahora las miraba para saciar mi morbo. No era un morbo sexual, era una autoflagelación para intentar aceptar lo inevitable.

Mis últimas vacaciones fueron en Villa Gesell, necesitaba ver el mar. David, mi novio, me acompañó. Alquilamos una cabaña a una cuadra de la playa. Era pleno invierno, y al haber poca gente me sentía relajada con mi cuerpo demacrado. Eran pocos los que me veían pelada y, por suerte, las ropas gruesas cubrían mi delgadez. No puedo negar que durante la semana que pasamos allá se me pasó la idea del suicidio al estilo Storni, pero solo llegué a mojarme los pies con esa agua helada y espumante. Insistí a mi familia que si moría quería que me velaran por tres días y que después me enterraran, no quería ser cenizas, prefería alimentar a los gusanos.

El 27 de febrero del 2013 fallecí. Mi familia cedió a la petición de enterrarme, pero el velatorio duró veinticuatro horas. Me enterraron en el cementerio de Avellaneda. Hoy sé que pasó una noche y un día cuando desperté en mi féretro. Grité, golpeé y arranqué toda la tela que pude con la poca movilidad que tenía. Rasguñé la madera, pero como casi no tenía uñas solo logré lastimarme la punta de los dedos. Iba a morir

enterrada, iba a quedarme sin respiración hasta ahogarme. Entonces me empecé a reír con histeria, una mezcla de felicidad y angustia. No respiraba, ya estaba muerta. Me acaricié el cabello corto y sedoso, esos quince centímetros que la falta de quimioterapia le permitió crecer. Estaba contenta de no haber muerto calva. Entonces escuché ese sonido. Primero un golpe sordo, luego algunos golpecitos suaves. Era tierra cayendo sobre tierra, alguien estaba cavando. No sé cuánto tiempo pasó hasta que sentí el metal golpeando la madera. La ansiedad me hizo sacar lágrimas y lloré desconsolada, estaba viva en mi muerte.

Cuando se abrió el ataúd, una mano me ayudó a salir. La luz de la calle me cegó y no podía ver bien quién era esa persona. Me dio unos lentes de sol que parecían de otra época. Cuando me los puse la visión se aclaró y podía ver perfectamente. La tierra, los árboles, las lapidas, los gatos, a él.

—A los muertos nos molesta bastante la luz —dijo con una sonrisa brillante, su voz era melódica y su tonada sonaba antigua. Al ver su rostro lo abracé, lo había visto tantas veces en las fotos que mi abuela Cuca me había regalado, que tenía que ser él. No podía ser otro, el sombrero lo delataba.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté.

—Ahora vamos donde viven los muertos —dijo el tío Luisito.

Yo lo seguí de la mano.

AUBE SOMBRE

Mamá está muerta, tirada en el piso boca arriba, al lado de la cama. La lámpara de la mesita ilumina su cuerpo con su luz cálida. Viste el pijama transparente. No tiene corpiño, ni bombacha; la veo entera. Corro la mirada de esas tetas que me amamantaron desde que nací hasta la boca torcida del cadáver. Mamá, sostiene un lápiz labial. Tiene el puño cerrado, rígido. Hago más fuerza de la que pensaba para sacárselo. Escucho un grito y luego un golpe del otro lado de la habitación. Me acercó rápido a la puerta y miro por la ranura, veo cómo se escurre, una masa de carne se dirige hacia las escaleras del edificio. Pongo la mano en la manija, intento no hacer ruido, abro.

Las luces blancas parpadean, en el pasillo del quinto piso hay tres cuerpos desmembrados. Una familia, los Gómez; mamá, papá, el niño. Juanito. Lo conozco desde que nació, el hijo de nuestros vecinos. Ahora lo veo ahí, tirado. Juanito tiene la cabeza separada del torso, las tripas afuera, los ojos inertes miran muertos la pared. Tengo que escapar del edificio. Hay dos salidas, el ascensor o la escalera. Paso por encima de los restos de la familia, intento no pisar la carne de los miembros mutilados esparcidos por el suelo. Evitar la sangre es imposible. Doy un paso y la siento espesa en la suela de mis zapatillas.

Pegajosa cuando avanzo. Siento náuseas, los Gómez huelen como las reses que cuelgan en la carnicería. No son vacas, no son corderos, no son gallinas. Son personas, pero el olor es el mismo. Tengo una arcada, la bilis sube por la garganta. Cierro la boca. Trago. El vómito es amargo y quema cuando baja por el esófago. Unas gotas, tan solo unas gotas pasan por la tráquea y es suficiente dolor para dejarme paralizado. Caigo encima de lo que queda de Juanito. Al levantarme toco el muslo sin pierna. Todavía está caliente.

Aprieto el botón del ascensor, escucho cómo la máquina se mueve. Está subiendo. Espero, escucho. La paciencia no funciona, me arranco un pedazo de uña del pulgar con los dientes. Veo el visor del ascensor, marca el segundo piso. Espero. Muerdo la yema del dedo. Cuando el ascensor llega al tercero escucho un grito que viene del piso de arriba. Escupo un pedazo de piel. Cuarto piso. La rubia del sexto C baja corriendo las escaleras. El ascensor llega al quinto. Se abre la puerta, entro, aprieto para ir a la planta baja y oprimo el botón de cierre repetidas veces. Detrás de la rubia del sexto C, viene esa cosa reptando por la pared. La puerta del ascensor empieza a cerrarse. La rubia estira el brazo para intentar entrar. Le pego una patada en el estómago para correrla hacia atrás. Antes del cierre veo cómo esa cosa abre su boca, salta y le clava los dientes largos en el cuello. Queda tan solo una ranura para observar, agarra el brazo con sus dedos largos y lo arranca. La

puerta se cierra. El ascensor empieza a bajar. Llega a la planta baja. Tengo la salida del edificio a cinco metros. Camino dando pasos largos, rápidos, casi al trote. Meto la mano en el bolsillo, toco las llaves y, también, el lápiz labial. *Aube Sombre*. Todo esto es mi culpa.

Salgo y respiro una bocanada de aire fresco. Vuelvo la mirada hacia atrás, esa cosa salta hasta el poste de luz, arranca la cabina eléctrica de una mordida. Veo un destello y, luego, la explosión. La ciudad queda a oscuras. Esa cosa extiende los brazos a la noche, sombras vibrantes se crean entre las chispas que caen. La cosa salta hacia la vereda, las piernas largas se le quiebran al tocar las baldosas. Hacen un crujido horrendo, chilla y luego se levanta. Las luces de los autos que pasan por la avenida me permiten ver algunos retazos de esa deformidad. Tiene el cuerpo largo y delegado, sin pelo ni piel, todo carne y hueso. No tiene ojos, nariz, ni labios. Los dientes puntiagudos sobrecruzan una mandíbula ancha. Abre la boca y babea. Doy un paso hacia la avenida, luego otro y otro. Los coches siguen su camino. No me importa que me atropellen. Corro.

Todo empezó hoy a las seis de la mañana mientras esperaba el subte. La estación Dorrego estaba vacía, silenciosa. La cartelera marcaba que el subte iba a llegar en cinco minutos. Escuché estornudos detrás. El hombre pasó a mi lado y rozamos hombro con hombro. Metí la mano en su bolsillo y saqué lo que tenía. Siguió su camino hasta acercarse al límite

del andén. Dio la vuelta, me miró directo a los ojos. La estación comenzó a vibrar, el subte llegaba, él se tiró a las vías. Las luces del andén se apagaron cuando sonó el chirrido del freno. A oscuras, una mano caliente y pegajosa me tocó el tobillo. Salí corriendo.

Volví al edificio, tenía la respiración agitada, me fijé lo que había robado. Un lápiz labial. *Aube Sombre*, la frase en dorado sobre el fondo negro del mango. *Aube Sombre*, no conocía esa marca. Saqué la tapa y giré para sacar el lápiz. El olor me cautivó y la punta era perfecta, de un color carmesí tan potente que no podía dejarlo pasar. Brillaba.

Me pinté los labios y entré al departamento. Mamá me preguntó por qué no había ido a trabajar, le contesté con un regalo y un beso en la frente, marcándola. Le di el *Aube Sombre*, mamá tenía el mejor lápiz labial que había visto en su vida. Estaba contenta, esa fue su última sonrisa. Yo fui a la calle a hacer plata metiendo mano a desprevenidos.

Al segundo robo las manos comenzaron a temblarme. Casi me agarran en la estación Constitución cuando abría una cartera con la navaja. El dolor de cabeza era insoportable. Todo el tiempo escuchaba un sonido, dientes partiéndose. Cada vez que cerraba los ojos veía una masa de carne formando un cuerpo como si fuera una plastilina sanguinolenta. Pies, piernas, torso, brazos, manos.

Estamos en la plaza. Tengo el *Aube Sombre* en la mano,

abierto, preparado. Me vuelvo a pintar los labios. Quiero que me bese, que me coma, que termine con esto. Su rostro enorme, sin ojos ni nariz, se acerca caminando en cuatro patas. La columna deforme le sobresale con un hueso que atraviesa la piel. Estamos cara a cara. Abre la boca, una lengua flácida cuelga entre los dientes filosos, danza se corta sola y sangra. La tierra absorbe la sangre agradecida. Me acerco sin miedo. Lo acaricio. Le faltan ojos, los pinto con el lápiz labial. Esto es arte, esto es arte, ahora lo entiendo. Dos círculos. Los ojos salen grandes como su cabeza, dos cuencos negros con pupilas azules flotantes. Ahora sí puede verme. Hay felicidad en su rostro deforme. Felicidad. Voy a morir, pero no importa porque tiene que cumplir su propósito; terminar de formarse. Abre la boca grande, la mandíbula cae estirada y se mueve como un péndulo de izquierda a derecha. Habla gorgojando. Yo no puedo completarlo, ni seguir ese camino, ya hice mi trazo. Lo beso. Quiere tener piel.

Compré un revolver por cien dólares. Voy a la comisaría, me pongo el arma en la sien. Pase lo que pase ahora es tema de ellos. El lápiz labial está en el bolsillo. Aprieto el gatillo.

LOS ROLLINS 1995

Mirá el diario, hoy se cumplieron veintiocho años desde que los Stones pisaron el país por primera vez. Atalo de las muñecas, fuerte. Tomá la cinta, tapale la boca. Bien. Así. En los noventas a la gente le importaban más los músicos que los empresarios, de los empresarios coincidíamos en que eran unos hijos de puta. Todos. Y cómo no van a ser hijos de puta si se la pasaban despidiendo gente, tu tío y tu viejo se quedaron sin laburo porque cerró la fábrica, tu abuelo tuvo que cerrar el local porque se había endeudado y ahí está, cayéndose a pedazos. A tu abuelo le dio un infarto, ¿te acordás? Por suerte zafó. Vos fijate que no quiere ni pasar por la puerta del negocio y eso que es enfrente de la casa. El cartel de se alquila/Se vende sigue puesto y el banco se quedó con la propiedad para nada. Parte de eso podría ser tuyo, mío o de tus tíos. Los banqueros también son unos hijos de puta, tu viejo siempre decía que robar un banco es hacer patria y tenía razón, no hay damnificados más que el banco, que, encima, tienen seguros. Traeme la cuchilla de la cocina, nena, afilala primero.

Yo no puedo creer que los pibes de hoy glorifiquen empresarios, qué querés que te diga. Igual es culpa nuestra eh, de mi generación digo. Qué pelotudos que fuimos, les inculcamos el idealismo a ustedes creyendo que así se iban a comer el

mundo y el mundo se los está comiendo a ustedes. Pero nosotras comemos hija, comemos. Cómo pasa el tiempo, la puta madre. Veintinueve años de los Stones en River. Fui a verlos con mi hermano, a él le gustaban más que a mí, yo era más de los Beatles.

¡Quedate quieto, carajo!

Tocaron el nueve de febrero, plena gira del *Voodoo Lounge Tour*. Cuando tu tío se enteró de que iban a venir al país, compró dos entradas porque no quería ir solo. Había invitado a una piba que le gustaba, pero unos días antes de invitarla se enteró que se había puesto de novia con otro. Estaba destrozado, pobrecito. Entonces me invitó a mí, viste que tu tío no tiene muchos amigos. Siempre fue medio retraído, callado no eh, retraído. Para mí le pasó algo que nunca dijo, porque de chico no era así. Le agarró lo ermitaño cuando empezó a trabajar en el negoció del abuelo, pobre mí papá, pobre tu abuelo. Pobre mi hermanito.

Ugh. Ughn. ¡Ughn! Oof.

Correte un poquito para atrás, nena. Hace una cosa, mejor traé el trapo y limpia un poco acá. Ese día hizo un calor de cagarse y fuimos temprano porque yo quería ver a Pappo que tocaba de telonero y tu tío quería ver a Los Ratones Paranoicos. Me acuerdo que lo que más nos gustó fueron Las Pelotas, que nunca los habíamos escuchado en vivo y los Rollins, por supuesto.

Por favor, por favor.

Pero la puta madre nena, ¿le pegaste bien la cinta? Qué mierda hacés llorando. ¡Dale, dale, dale! ¡Apurate!

¿Qué hacés con eso?

¡Disparale, disparale! ¡Metele un tiro!

Está bien. Está bien, quedate tranquila. Bajá el arma, bajala.

¡Matala, matala!

Dámela nena, dámela. Así, muy bien. Te quiero, hija, pero a veces sos tan pelotuda. Cuando me quieras meter un tiro que sea en la cabeza y cuando estemos a solas, si estoy durmiendo, mejor. Vos sabés lo que hizo este tipo, lo que nos quitó. Vos sabés lo que merece. Un tiro en la cabeza es demasiado fácil.

Te sigo contando la historia del recital. No sabía, hasta que leí la nota del diario, que el primer tema que habían tocado no era de ellos. Era una reversión de un tema de Buddy Holly, ¿quién carajo es Buddy Holly?, ¿vos sabés? Hacé una cosa, poné "No fade away" en Youtube, el original, y tráeme una pinza que este tiene muchos dientes. Gracias, nena. No me gusta tanto esta, la versión de los Stones es mejor. Subí el volumen.

¡Ughnnnnnn! ¡Ahrggg!

LA BELLA DURMIENTE NO DEBE DESPERTAR

Entro a la habitación y cierro la puerta con llave porque necesitamos privacidad. Ya me encargué de todos los dragones, y ahora, en el último piso de este castillo alto y rectangular, te veo como si fuera la primera vez. Por fin me encuentro con vos, princesa. Estás acostada en la cama, boca arriba, con las piernas levemente separadas y desnuda. En tu mesita de luz está la aguja, apoyada arriba de una cuchara doblada, haciendo equilibrio y cubierta por las sombras de una lámpara amarillenta. Hay un olor dulce y penetrante que me marea. Es una escena afrodisíaca. Paso a paso me voy acercando, despacito, suavemente, como dice Valeria Lynch.

Siento una presión en el pantalón. Quiere salir a jugar y vos, ahí, toda sumisa, esperándome en silencio. Princesa. Me bajo el cierre, desabrocho el botón y meto la mano en el calzoncillo para acariciarme. Te observo, un poco. Me siento en la cama, a tu lado, y termino de sacarme la ropa, la pongo sobre una silla de madera, acomodo todo, la camisa, los zapatos, el pantalón, mi ropa de trabajo. Te abrazo y te doy un beso en el cachete frío e hinchado. Te paso la lengua y eso me pone como loco. Extasiado chupo tus tetas verde pantano, están duras y crujen, por Dios, mi princesa, tus pezones son

sabrosos. Te paso la mano por la panza y mis dedos palpan aquella cicatriz en tu vientre. Si de esa cesárea nació un feto o un apéndice, yo no lo sé, pero es la cosa esa que está llorando afuera.

Dudo en penetrar tu vagina mohosa porque me distraigo con una frase que se me viene a la cabeza. Todos los fungis van al cielo, digo en voz alta. Entonces se me ocurre que deberían hacer una de Disney sobre tu cuerpo necroso, y, sin embargo, es un imposible. Los censuradores vomitarían o, lo más probable, se masturbarían con la película y la guardarían cerca de su alcoba para verla en soledad. No, jamás dejaría que eso pase, sos toda para mí. La muertita de mi vida, mi tesoro mortuorio, mi princesa. Y cuando te encuentren van a saber que fui yo.

Te lubrico toda, por adentro y por afuera. Te acaricio y toco los clavos que me ayudan a luchar contra el rigor, ese que llaman mortis. Juro que hice todo lo posible para que estés así de hermosa, para ponerte en posición, en pose. Hasta fotos te saqué, sos una modelo, mi princesa.

Entonces te penetro sin protección, la enfermedad no me importa y la muerte es una sola, el vicio final, ahora soy carne. Miro tus ojos, secos e incoloros, y siento placer. Porque no podés decir que no, porque no podés rechazarme, porque soy yo quien manda. Tengo alma de amo, alma romana, me gustaría ser más perverso que Calígula, ser un déspota. Veo tu

cara, torcida, caída, expandida y contraída, te hace una mueca estúpida, y eso me encanta. Parecés una tarada y no hay nada mejor que cogerse a una tarada. Esa tarada sos vos, mi princesa.

Trato de levantarte el culo, pero estás tan dura que te parto un hueso y me caigo arriba de vos. Me rio porque fue una escena cómica, casi romántica. Te doy un beso en la frente y te paso la lengua por el cuello. Después corro tu pierna y la pongo sobre la otra, estoy en ángulo para darte por atrás y te doy. Qué estrecho, qué apretado. Siento cositas tocándome el glande. Sonrío, babeo y gruño. Todos los piropos son para vos, mi princesa. Me levanto. Estoy sudado y pegajoso, tengo varias partes tuyas en la panza, entre mis pelos, tu piel y pus. Me acerco a tu cara, pongo mis rodillas en tus hombros y me doy, me doy para adelante y para atrás, para delante y para atrás, como una cumbia, hasta que una gota de deseo cae sobre tu boca abierta y pútrida. Los gusanos en tu lengua beben mi amor y yo me retuerzo todo, todo. Respiro fuerte.

Voy al baño. Cuando salgo de la pieza dejo la puerta abierta, para que tu criatura pueda verte. Está tirado en el sillón, mirando la tele, todo flaquito y sucio. Me da un poco de lástima, lo agarro y lo llevo para la ducha. Pobrecito, no pesa nada. Nos bañamos juntos, le paso el jabón y él se deja. ¿Cuántos tiene? ¿Dos, tres años?

Cuando terminamos de bañarnos, lo seco y le pongo la

ropa. Es calladito, no dijo ni una sola palabra. Le digo que tengo que irme y llora, le pego una cachetada para que se calme, no me gustan los nenes que lloran. Me señala tu habitación, da unos pasos y te señala a vos. Pienso en la cosita y se me ocurre algo hermoso, algo lleno de amor.

–Tu mamá es La Bella Durmiente y solo un príncipe como vos puede despertarla, con un beso, un beso de lengua en la boca –digo.

Le sacudo el pelo, pongo mi mejor sonrisa y me voy. Cierro la puerta con llave.

BOTAN Y REBOTAN

Muchos miles de niños caminan por la avenida 9 de julio. Están todos vestidos con guardapolvos blancos, impolutos. Tienen las caras grises y los ojos negros. Botan y rebotan pelotas rojas, son pelotas rojas de cincuenta centímetros de diámetro. Botan y rebotan, rebotan de las manitos grises al suelo y botan. Botan y rebotan y giran gracias al suave movimiento de esos dedos largos de los niños, dedos largos y grises de los niños de ojos negros. Pelotas rojas botan y rebotan al son de la marcha de los niños grises con guardapolvos blancos impolutos y dedos largos, muy largos. Paso a paso, pum pum, pum pum, mano suelo, mano suelo, paso, paso, paso, paso, pum pum, pum pum. Botan y rebotan.

Muchos miles de niños caminan por la avenida 9 de julio. En silencio, completo silencio, salvo el pum pum, pum pum, de sus pelotas rojas que rebotan. Pum pum, pum pum. Los niños grises se detienen, pum pum, los niños grises, pum pum, giran todos a la derecha, pum pum, los niños grises de ojos negros. Botan y rebotan pelotas rojas sobre una calle asfaltada en una ciudad vacía, pero también sobre los pies, sobre las hojas, botan y rebotan, sobre las hormigas, sobre las palomas. Botan y rebotan sobre la sangre, son rojas por la sangre. Se perdieron en esos ojos negros, se dejaron caer y pum pum,

pum pum, están todos muertos.

Muchos miles de niños botan y rebotan sus pelotas rojas por la avenida 9 de julio. Pum pum, pum pum y no rebotan más. Los niños grises con guardapolvos blancos impolutos, ojos negros y dedos largos sostienen sus pelotas rojas, frente a sus pechos. Tiran sus pelotas para adelante hacia la nuca de quien tienen enfrente. Algunos caen. Pum pum, crack, pum pum, crack crack, pum pum, crack crack, pum pum, glup glup, pum pum. Se sacuden cómo peces fuera del agua entre charcos de sus propios desechos.

Muchos miles de niños botan y rebotan sus pelotas rojas por la avenida 9 de julio. No son niños. No son niños. No son niños. Son grises, de ojos negros y dedos largos. Botan y rebotan sus pelotas rojas. No son niños. Botan y rebotan sus pelotas rojas, abren una puerta y se meten dentro. Pum pum, fissssss, fissssss. Muchos miles de globos rojos vuelan sobre la avenida 9 de julio. Se van al cielo, se van.

ASUNTO: Temas a definir sobre el traslado de puestos

Juan María estaba sentado en una silla de oficina, desnudo. Había abierto la casilla de e-mail por que debía mandar un mensaje a los delegados de la feria de libros de Parque Rivadavia. Sobre el escritorio había un vaso de coca, lo agarró y tomó un trago, al dejarlo, el vidrio quedó manchado de rojo. Juan María, funcionario público del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, quien prefería que lo llamen John, empezó a escribir.

"¡Buenas!

Siguiendo con lo conversado en la reunión les recordamos y hacemos llegar lo siguiente:

- Nota por los medidores: Recuerden antes de este viernes tenemos que estar mandando la nota a EDESUR para la reconexión. Adjuntamos una nueva versión ya con fecha del 21, pueden dejarla en Mesa de Entradas, mandarla escaneada o entregársela a Pablo o Luis. Si no, lo harán desde la obra, pero eso complicaría que una vez de regreso al lugar original se pueda gestionar el alta nuevamente."

Alguien estaba golpeando la puerta del baño. A Juan María le encantaba poder cerrar con llave el baño, le parecía una medida de seguridad completamente racional.

—John, abrime la puerta por favor —dijo el hombre encerrado en el baño—. ¡Por favor, John, tengo miedo! —comenzó a gritar—. ¡Me duele la cabeza, me duele, me duele!
Juan María lo ignoró por completo y siguió escribiendo.

"- Titularidad de las estructuras: se adjuntan dos formularios de declaración jurada. El primero es para que quienes están en proceso de ceder su estructura a otra persona puedan documentarlo. En esos casos tienen que venir a firmarla acá, o certificar la firma en la policía, escribano o en un banco, o acompañarla por una fotocopia del DNI del cedente, cualquiera de las tres opciones. El otro modelo es para que lo firmen los actuales dueños de las estructuras, para esto no hace falta que las firmas estén certificadas. Vamos a mandar impresos a la feria para que puedan traerlo ustedes a la próxima reunión."

Juan María aguantó y aguantó los molestos golpes contra la puerta de madera. Llegó un momento en que se distrajo sobre lo que estaba haciendo y se quedó como embobado mirando el cursor titilante en la pantalla en blanco. Los portazos continuaban. Juan María no era un hombre irascible, pero era muy meticuloso con su trabajo. Necesitaba concentrarse y su huésped no paraba de hacer ruido y de quejarse. Así que fue hasta el garaje, agarró un martillo de su taller, volvió al baño y metió la llave en la cerradura.

—Escuchame bien, Marcos, cuando abra la puerta

quiero que te quedes tranquilo. Olvidate de lo que pasó, fue un accidente y va a quedar así. Yo te voy a pagar el doble de tu tarifa por esto. Entré en pánico. Perdoná —dijo Juan María.

—Sí, sí, está bien, pero por favor sacame de acá, John. Me duele mucho la cabeza —contestó una voz asustada.

Giró la llave y abrió la puerta con el matillo levantado, preparado para dar el golpe. Marcos estaba sentado en el inodoro, también estaba desnudo y tenía la cara manchada de sangre proveniente de una herida en la frente. Juan María fue rápido y asestó tres martillazos sobre el cráneo de Marcos. El primer golpe lo tiró al piso, quedando su cabeza a la altura de la bañera y el cuerpo despatarrado. El segundo y el tercer golpe partieron por completo el pómulo y parte de la mandíbula del muchacho que no aparentaba ser mayor de veinte años. Propinó cuatro martillazos más que dejaron como resultado un enchastre de sangre, hueso y masa encefálica. Juan María dejó caer la herramienta al suelo y luego se lavó las manos. Manchó de rojo la toalla azul, le dio asco y la tiró sobre el cuerpo de Marcos.

Juan María pudo seguir escribiendo.

“- Acta compromiso: se adjunta la documentación con las pautas para el traslado. La misma alcanza a quienes hoy son permisionarios, quienes están en proceso de otorgamiento de permiso, y los casos que están pendiente de definición, que serían trasladados al emplazamiento provisorio de igual manera

para que puedan seguir trabajando mientras se resuelven sus casos. Tienen que estar firmadas por todos los que de una u otra manera hoy están ocupando una estructura, y entregadas en la próxima reunión o antes a los inspectores o Mesa de Entradas. Se van a mandar también impresas a la feria".

Tardó mucho en escribir esas líneas, no dejaba de pensar en el trabajo que iba a llevarle deshacerse del cadáver, limpiar el baño y eliminar la evidencia. Calculaba que iba a ser una tarea de varios días y por eso daba gracias de estar a viernes y no tener que levantarse temprano. Siguió escribiendo, despacio, ya que divagaba en las formas en que su vida se había vuelto un caos en cuestión de minutos. Al principio todo iba bien, había llamado a un chico para tener unas horas de sexo. Le aclaró que le gustaba hacerlo fuerte, quería que Marcos fuera sumiso, y así fue. Juan María metía la cabeza del otro en el inodoro mientras lo cogía. Adentro, afuera, adentro, afuera. Arremetía con tanta fuerza que en un momento cuando fue a bajar la cabeza la golpeó contra el borde de cerámica del inodoro. Juan María vio unas gotas rojas mezclarse con el agua y esto lo excitó. Siguió dándole hasta que Marcos se desmayó, Juan María continuó penetrándolo hasta eyacular. Tiró el preservativo en el tacho y dejó encerrado al muchacho. Juan María se sentía poderoso, invencible, vivo. Pudo continuar escribiendo, ahora con ganas, y de corrido, gracias al recuerdo. Tuvo una erección.

"- Estado actualizado: En función de lo presentado les hacemos llegar una primera actualización del listado, lo vamos a seguir revisando y se enviará también a la feria. Todos los puestos en blanco, verde y amarillo serían en principio los que se reubicarían, por lo que es importante sobre todo con los amarillos que resuelvan el tema de las estructuras cuanto antes.

Los esperamos el miércoles 26 a las 10 hs en Huergo, junto con la documentación mencionada anteriormente. Ahí ya organizaríamos cómo sería el traslado y ubicación de cada puesto en el emplazamiento provisorio. Entendemos que no van a poder estar todos, no hay problema.

Cualquier duda no dejen de avisarnos, ¡saludos!

Atentamente.

Juan M."

Adjuntó las imágenes al archivo y envió el correo electrónico a los delegados de la feria de libros. Finalmente había cumplido con su obligación para los ciudadanos de la ciudad y ahora se sentía mucho mejor. Eran las doce de la noche, Juan María ya había cenado y se estaba preparando para descuartizar el cuerpo, cuando sonó el timbre. Se preguntó quién podría llegar a ser a esa hora y fue por inercia hacia el contestador inalámbrico que se encontraba en la cocina hasta que recordó que no funcionaba, se le había roto el día anterior. Intentando

no hacer ruido, fue hacia la puerta de entrada, llevaba la sierra eléctrica en la mano derecha.

—¿Quién es? —preguntó desde una distancia prudente. El sonido de su voz fue suficiente para delatar su posición, dos disparos atravesaron la puerta y le dieron de lleno en el abdomen. Juan María cayó al suelo de culo. Se tocaba la panza, sentía la herida, pero no le dolía. Un tercer disparo rompió la cerradura y él entró.

Era el salvataje de Marcos, lo que en el mundo de la prostitución se conoce como *Guardián*. En el caso de Marcos, su Guardián era un hombre de unos cincuenta años, un poco obeso, calvo, miope y completamente enamorado del muchacho de diecinueve años. El Guardián haría cualquier cosa por Marcos, cualquier cosa.

Juan María llegó a gritar, pero no pudo articular la palabra que intentaba decir, una palabra tan simple como "no". La bala entró por el ojo derecho y salió por la nuca, tuvo una muerte instantánea. El Guardián revisó la casa, cuando descubrió el cuerpo de Marcos se largó a llorar. Fueron lágrimas intensas, llenas de dolor. Encontró el celular de su chico en la habitación de Juan María, sobre la cama. Tenía cuarenta y cinco llamadas perdidas de él, estaba en silencio. Escuchó las sirenas, salió de la casa, subió rápido al coche y huyó.

LA COSTRA

Ahí están, acostaditos, los dos cómodos buscando sus sueños. ¿Qué sueñan? No tengo idea. Pajaritos blancos o negros, qué sé yo. Pero mientras los observás, a oscuras, te voy a contar una cosa, escuchame.

Una vieja había comprado carne, era una vieja de setenta y cinco, arrugada, encorvada, incluso ruin, pero sobre todo fuerte y terca, lo que comúnmente se designa como jodida, y el carnicero era una persona que dejaba las reses fuera del frío. Le habían traído carne de brasilero y ella lo había comprado entero. Era un brasilero blanco de descendencia portuguesa. La vieja compró la carne y se la llevó al hombro para su casa. Por suerte Don Carlos, el carnicero, había desollado al brasilero, por lo cual ella solo tenía que trozarlo y condimentarlo. Agarró el serrucho y se dispuso a separar parte por parte. Siempre empezaba por los brazos, desde la altura del hombro, porque era lo que menos desgaste le llevaba. Una vez que separó los brazos del torso los metió en una palangana llena de agua salada, cortó la cabeza y la tiró junto con los miembros. Enjuagó las partes y las colgó con un gancho, las secó y le puso sal gruesa. La cabeza la clavó en un pico y la dejó sobre la mesada de la cocina, pasó su lengua por uno de los ojos porque le gustaba la textura ocular, con las cabezas siempre

jugaba, nunca se las comía. Las que más les gustaban las hervía hasta quedar puro hueso, las curaba y después iban a parar al estante que estaba por arriba del respaldo de su cama. Llevaba coleccionadas nueve calaveras, todas de hombres de distintas nacionalidades sudamericanas, le faltaba una ecuatoriana, una de Guyana y la argentina, que tenía planificado como su último trofeo.

Cuando la vieja volvió hacia el cuerpo soltó un pequeño grito, corto y seco, porque enseguida sus pupilas se dilataron al ponerse en alerta. Algo se movía en el estómago del brasilero. Agarró la cuchilla y se fue acercando. No veía bien, así que durante el primer paso sacó de su bolsillo sus anteojos sucios y mientras levantaba su pierna fofa se los puso. Así y todo, no veía con completa nitidez porque estaba sufriendo su tercera catarata en el ojo derecho y no tenía pensado operarse. Lo que podía distinguir era que el estómago crecía y que algo, al parecer puntiagudo, intentaba salir de ahí. Cuando la cosa se abrió paso por la carne y salió, la vieja vio a una especie de oruga que gritaba como un mono aullador. No le dio ni asco ni miedo, pero el sonido le pareció insoportable, sin pensarlo le metió un cuchillazo y cortó de un solo golpe la cabeza de la cosa esa. Se dio cuenta que era de contextura suave porque la cuchilla no estaba lo suficientemente afilada como para hacer un corte tan limpio. La cosa esa se agitaba y no paraba de moverse, pero al menos ya no hacía ese ruido. Finalmente cayó y

quedó tiesa. La vieja se acercó, se cambió los lentes y pudo ver a la criatura. Sí, se parecía a una oruga, pero su color era rosado y amarillo y lo que le había parecido su cabeza, ahora que lo miraba de cerca le parecía un glande, pero con un agujero más grande de donde salían un montón de hebras amarillas. La vieja bufó y tiró una puteada al aire. Le habían arruinado la comida, pero de pronto algo cambió. Era un olor, un olor exquisito, insoportablemente exquisito y venía de la cosa esa. A la vieja le rugió el estómago, agarró la cuchilla y empezó a cortar. Luego cocinó, probó la cosa sola y le pareció insulsa, pero junto con la carne era una delicia. Estuvo doce horas seguidas en la cocina, pero hizo ochenta y cuatro empanadas. Comió doce y se fue a dormir. ¿Te sentís repugnada? No, lo que sentís es hambre. Es normal, no te preocupes.

Y los nenes están durmiendo, siguen ahí, moviendo las pupilas, roncando y babeándose, unidos. Vos estas al lado, parada, mirándolos con miedo a que se pierdan en los sueños y nunca más vuelvan. Como tu hermana, como tu hermana Miranda.

Tenía ojos verdes iguales a los de tu papá y vos los tenés negros. No niegues que siempre la envidiaste por eso, no niegues que disfrutaste cuando esos ojos no volvieron a abrirse. Dicen que los ojos negros son de personas centradas y los claros de personas que pueden volar. Tu hermana volaba en los sueños y mucho, pero vos estas acá, parada, escuchan-

do en la realidad, conmigo detrás, susurrándote. La primera vez que Miranda entró al castillo de humo tenía nueve años. Entró sola y por voluntad propia porque no tenía ni idea de lo que le esperaba. El castillo de humo siempre le había parecido hermoso y prohibido. Subió por una escalera iluminada por antorchas hasta llegar a una enorme puerta de madera. Entró a la sala del trono. El rey la esperaba y el rey dio una orden. Miranda sabía que a un rey se le hacía caso. Se quitó el pijama para que el amo y señor la viera en todo su esplendor. Pequeña, rudimentaria y frágil. El rey puso sus enormes manos en sus hombros y apretó. Pedacito a pedacito se fue rompiendo, resquebrajándose cómo la porcelana. Miranda soñaba más de lo que vivía, cuando cumplió los trece años quedó catatónica. Durmió en su cama de sábanas verdes hasta los veintiuno. Vos siempre te preguntaste donde estaba tu hermana, yo te voy a contar dónde estaba.

Miranda pudo salir del castillo de humo, tardó mucho tiempo porque era un laberinto de habitaciones. Pasó puerta por puerta, pero siempre volvía al centro. Al salón del rey donde la esperaba sentado en su trono, desnudo y erecto. Entonces el horror volvía a empezar. El rey la hacía gravitar. Miranda volaba por el salón, daba vueltas y vueltas, horizontal y verticalmente. Iba del suelo al techo, de pared a pared y siempre terminaba cara a cara con el rey. No quería mirarlo a los ojos, esos ojos de fuego que parecían tristes y culposos, no

podía soportar esa mirada. Así que se centraba en su boca, en esos dientes amarillos y picados. Cerraba los ojos cuando él le acercaba sus labios, cerraba los ojos siempre hasta el momento en que escuchaba que la cerradura se abría. Un día los abrió cuando el rey estaba sobre ella y en su pecho, donde latía su corazón, había una puerta. Miranda la abrió y se metió dentro. Finalmente pudo escaparse del castillo de humo, pero entró en el territorio del vacío y el vacío es vasto y oscuro. Sin embargo, para Miranda, cualquier cosa era mejor que la compañía del rey. Incluso no volver a despertar, incluso la muerte. Y cuando murió vos festejaste. Fue uno de los días más felices de tu vida, saliste con tus amigos, te emborrachaste y tuviste tu primera experiencia sexual. ¿Todo esto lo saben tus hijos? No, jamás se lo dijiste. Cuando te preguntaban por su tía les decías que era un ser maravilloso de ojos verdes, pero te guardaste para vos el deseo de arrancárselos con un lápiz. Sos una mujer cruel, mala, con tendencia asesina.

Hablemos de Marcela y la costra. Ya sé, vos no vas a hablar, vas a escuchar, aunque no quieras. La costra te apareció en marzo, en la espalda, debajo del omóplato. La descubriste cuando te bañabas y en lo primero que pensaste era que se trataba de un tumor. Te rascaste hasta que pudiste arrancarte un pedazo con las uñas, parecía mugre y vos tan pulcra. Ese mismo día descubriste que tu marido se acostaba con Marcela en el club, pero te mantuviste callada, paciente como una serpien-

te a la espera de su presa mientras tu propio veneno crecía al ritmo que la costra lo hacía en tu espalda. Y fue un viernes de abril cuando te viste al espejo y todo tu cuerpo era una costra de mugre, mugre que formaban rostros familiares pero deformes, tu mamá, tu papá, tu tío, el almacenero y hasta el chico que pasea perros, todos ellos intentando articular palabra y vos sorda de ira. Entonces los citaste a los dos, a Marcela y a tu marido, a las cinco de la tarde en la reserva de Lomas, al fondo, cerca del arroyo. Esperaste hasta que se besaran, hasta que ella puso la mano en la nalga de él, entonces saliste monstruosa desde los matorrales con la escopeta en la mano y llena de lágrimas. Disparaste tres veces, él murió al instante, pero ella, llena de perdigones, se arrastraba por la tierra intentando llegar al agua. Caminaste despacio, le apoyaste la punta del arma en la cabeza y apretaste el gatillo. Nadie sabe cómo saliste impune, pero a los chicos les volviste a mentir, les dijiste que su papá se tuvo que ir a Marte en busca de materiales preciosos y que iba a volver en veinte años. Los nenes se lo creyeron, pero vos seguís con la costra encima como una simbiosis enferma y la costra te pide sangre. No hay sangre más pura que la de los niños. Andá a la cocina y traé algo, haceme caso, eso, así. Muy bien, un hacha de cocina es un instrumento ideal. Tus hijos están soñando con el castillo de humo, el rey quiere verlos. No se lo permitas. ¡No se lo permitas! ¿Qué hacés? No… No podés hacer eso. ¡No! ¡NO!

Ahora hablo yo, hijo de puta. Tanto tiempo con los labios cosidos, sin poder decir palabra, cubierta de basura, tu basura. La que metiste año a año. Dejame decirte una cosa, yo también sé hacer empanadas, mi abuela me enseñó. No sé si van a ser tan ricas como las de la vieja porque me falta un parásito, aunque considerando la situación fuiste un parásito que se mantuvo a mi lado toda la vida. ¿Qué? ¿Qué querés decir? Ahora el mudo sos vos, ahora sos el sumiso, el que escucha, el que padece. ¿De verdad te pensaste que iba a hacerles daño? Esos siameses que comparten cerebro son lo más puro que tengo, por ellos voy a sacarme toda esta mierda que me pusiste encima. Va a ser difícil porque todavía tengo tu voz impregnada en mí, pero ya me la voy a poder sacar, ya voy a poder olvidarla, pero por ahora voy a sacarte parte a parte con esta hachuela. No, no grites. Esto va a llevarme un tiempo.

EL BAGRE

El Cabezón me dijo que tenía que doblar a la derecha en el kilómetro cuarenta y cinco. Tengo que apurarme, entre las cinco y media y la seis de la mañana hay un cambio de patrulla en la frontera a Paraguay. Miro el reloj, estoy jugado. Coloco un bultito de merca en la tarjeta de débito. Me doy un saque, luego tiro la tarjeta en la guantera y miro para delante. Me queda poco para llegar. Doblo a la derecha y veo el color naranja comerse la noche.

Transito un camino angosto oscurecido por árboles altos y maleza tupida. El velocímetro marca cincuenta, tengo que apurarme, pero conduzco sobre un asfalto descuidado desde hace años. No me importa. Me meto más merca y aprieto el acelerador. Las ruedas tambalean por los pozos del camino.

Miro al centro de la ruta, concentrado, hasta que un olor a podredumbre llena el vehículo. Giro la cabeza para la derecha y, ahí, está mi madre en el asiento del acompañante. Se me cierra la garganta al verle la cara. Mamá viste como el día de su velorio, pero está consumida por la descomposición del tiempo. El hueso no soporta la carne muerta y los ojos no pueden abrirse porque tiene los parpados pegados entre ellos. Aprieto el volante, pero no miro la ruta. Mamá se acerca, pre-

tende darme un beso con esa boca caída. Corro la cara.

Acelero, grito e ignoro la curva que tengo adelante. El auto sale del camino. No tengo puesto el cinturón de seguridad. El Renault 12 golpea el tronco de un sauce caído a dos metros de la ruta. Salgo disparado hacia el parabrisas. Logro cubrirme con los brazos para que la cabeza no golpee contra el cristal. Cruje el hueso y cruje el vidrio. Quedo dentro del vehículo en una posición grotesca entre el volante, la palanca de cambios y el tapizado. Intento levantarme, agarrándome de dónde pueda, siento un dolor intenso. El brazo no puede sostener el peso de mi cuerpo y la sangre brota del antebrazo partido. Abro la puerta con mi otra mano y me arrastro para salir. Caigo al barro. Me cuesta erguirme, pero puedo hacerlo. El sol se filtra entre hojas verdes y me ilumina la cara hinchada. El calor es insoportable, el dolor ya no. Sangrante, vuelvo al camino.

Rengueo por ese asfalto húmedo lleno de musgo. Tengo que llegar a la frontera. *Necesito* llegar a la frontera. La imagen de mi madre muerta, sentada en el auto, intentando besarme, se me mete en la cabeza como si fuera un filo dañino. Juro que si logro llegar al Paraguay voy a dejar la cocaína. Esta droga ya no es para mí, la paranoia y las alucinaciones son el límite. Pero ahora quiero darme otro saque, así que meto la mano en el bolsillo y hurgo con mis dedos lastimados, hasta encontrar la merca. Me detengo en el medio de la ruta. Abro

el nudo de la bolsa, meto la nariz y aspiro con fuerza. El corazón se acelera, apresuro el paso, empiezo a trotar. Nada puede detenerme, nada.

—¿Cómo era que decía? ¿cómo era? —balbuceo mientras avanzo—. Dale para adelante, si ves que se arrebata sacás el chumbo y le tiras en la pierna. Sin miedo… sin miedo… si es rati, al pecho… y que no se te haga el loco… el loco.

Siempre adelante, sin miedo, eso me había enseñado el Cabezón, pero no puedo, ya no puedo. Siento una punzada en el pecho y comienzo a hiperventilar. Me quedo parado entre asfalto y raíces. Miro hacia arriba, las hojas verdes de la selva se vuelven negras. Las piernas me fallan. Caigo. Antes del desmayo veo unos pies descalzos, sucios, y pequeños que se acercan.

Despierto en el atardecer. Estoy recostado en un descampado a pocos metros de un arroyo. Escucho el agua que corre, tengo sed. Quiero moverme, pero el dolor me recorre la espalda, las piernas y los brazos. Gruño y toso.

–¿Quiere agua? Agua, acá, agua.

Vuelco la cabeza para la izquierda, siguiendo esa voz. Parece un niño, aunque no puedo verlo bien bajo la sombra de las ramas. Le extiendo la mano a modo de súplica.

–Por favor, agua.

El chico chasquea la lengua cinco veces y se dirige hacia el arroyo. Arma un cuenco con sus manos y vuelve para

darme el agua. Bebo tan desesperado que tengo una arcada por el gusto rancio que tiene ese líquido, vomito algo marrón.

–¿Está bien? –dice el niño y vuelve a sonar su lengua en el paladar cinco veces.

Intento hablar, pero me duele la garganta, la siento áspera. Otra vez empiezo a toser.

–No se levante, espere, espere, espere.

El chico vuelve a hacer ese sonido insoportable con la boca.

–No me puedo mover –le digo mientras babeo.

Recupero la compostura. Ahora puedo hablar y ese nene me está ayudando. Vuelvo a jurar no volver a tomar merca nunca más, esa mierda es lo que me hizo todo esto. Alejate de los quilombos pibe, si te vas a arriesgar hacelo bien fresco, si no vas a terminar mal, me decía el Cabezón. Pero nunca le hice caso.

–¿Sabe qué pasa? No se puede mover porque está roto, usted está todo roto. Déjeme verlo.

El chico llega a mis piernas y las inspecciona. Toca la derecha, cerca del muslo, y siento un cosquilleo. Cuando toca la izquierda lanzo un grito.

–Perdón, es que acá está malo, ¿ve? Malo malo, eh, está todo roto.

Vuelve a hacer ese sonido con la lengua, no lo soporto, tiene algo de nocivo. Me doy cuenta de que me había olvidado

de la pierna. La droga, la adrenalina y la necesidad de avanzar hicieron que no le prestara atención al corte que tengo en el muslo, pero ahora lo siento. La carne me late.

–Y por lo que veo está malo en varios lados. A ver, déjeme verle la cara, a ver, a ver...

El chico repta por mi cuerpo, las rodillas me aprietan el estómago y las manos tocan mis hombros. El muchacho hace presión con sus miembros y el dolor crece en mis heridas. Nos miramos cara a cara, a diez centímetros de distancia. Empiezo a odiarlo.

—Está hinchado, eh, eh. Bastante hinchado.

La cara de ese niño me incomoda, no parece un niño. Tiene los ojos demasiado pequeños y separados, las pupilas grises y opacas, la boca larga y fina. Los dientes no están donde deberían, las encías se muestran grises. Cuando puedo levantar la vista y dejar de ver esa boca vacía, noto que tiene unas protuberancias largas encima del labio superior que se mueven zigzagueantes.

–Sí, está hinchado. Yo creo que se puede salvar igual eh, eh. Sí, puede si ella lo deja. Necesita descansar. Es muy importante el descanso. Ya se tiene que dormir, ya debería estar dormido.

El chico se baja de mi cuerpo y se sienta sobre una piedra. Vuelve a hacer esos chasquidos con la lengua, cinco veces. Ya no lo soporto. Grito, pido auxilio. Mi voz atraviesa la selva

para perderse entre los cantos de los pájaros.

—¿Cómo se llama? —pregunta.

Vuelve a hacer el sonido con la lengua y el paladar.

Qué mierda le importa cómo me llamo, lo que necesito es ayuda, ayuda que pensaba que iba a tener y no la estoy teniendo porque ese pibe deforme me está forreando. La voz del Cabezón se me viene a la cabeza. Hay que calmarse, hay que pensar, si no se piensa uno se manda cagadas. Cierro los ojos, respiro.

—Me llamo Alan —miento—. Vos, ¿cómo te llamas?

El chico hace chasquear la lengua, otra vez.

—Me dicen el Bagre, como el pescado, vio. Me dicen así por los bigotes y porque tengo los ojos separados. No son bigotes, sabe, son otra cosa… y soy petiso, además. Mi tío dice que debería perderme en las ramas. Pero no me pierdo, yo no me pierdo nunca. También me dice que vuelva a casa solo si consigo algo para la familia, si no tengo nada para llevar me tengo que quedar en el monte, ¿usted me puede dar algo? Tengo que llevarle algo. Quiero ver a mis primos, son chiquitos y lindos y me gusta abrazarlos, ¿tiene algo?

El chico da un paso adelante, la noche se acerca. Ya no puedo pasar la frontera. Estoy atrapado, acá, con ese pibe deforme que no para de hablar y no puedo moverme.

–¿Podés llevarme al pueblo?

—No sé, ¿así cómo está? No sé si aguanta, eh, o si

aguanto, eh. No sé, no sé. —Otra vez ese chasquido insoportable.

–Llevame con tu tío, por favor –le ruego.

El Bagre agacha la cabeza y se rasca el pelo negro, largo y lacio que intenta cubrirle la cara.

–Yo no lo saqué del camino, Alan. Vamos a tener que esperar a que salga la luna y no nos vamos a mover, no, no. Hasta que no salga la luna y ella venga no nos movemos.

Vuelvo a sentir el corazón acelerado, pero esta vez por el miedo. Giro la cabeza y observo el lugar; el arroyo constante entre raíces enterradas, los árboles anchos y marrones, las aves que vuelan en la noche naciente debajo de esa luna que se impone en el cielo. El Bagre me mira y sonríe con su boca sin dientes, luego hace ese ruido con la lengua mientras la oscuridad verde acecha el ambiente.

—La Yairá fue quien lo trajo hasta acá, Alan. Lo trajo con su forma grande, caminando a cuatro patas y peluda. Nunca hace eso, siempre se arrastra, pero cambió para usted. Lo va ayudar, eh, va a ver Alan, va a ver. Ella ya viene, ya viene. ¡Mire!

Puedo verla, es una serpiente despellejada que se desliza entre los matorrales. Se acerca al Bagre, se le enrosca en la pierna derecha y queda sujetada. El muchacho da unos pasos hacia mí con esa cosa encima.

—Acá está, ve. Ella es la Yairá —dice.

Luego, me apoya la rodilla en la ingle.

La serpiente despellejada baja despacio hacia a mi cuerpo, se posa en la panza. Levanto la cabeza para verla. La Yairá me mira sin ojos, tiene el rostro muerto de mi madre como si fuera una máscara. La Yairá abre la boca, una lengua bífida se asoma por los labios secos de mamá y sisea.

Quiero gritar, pero no puedo controlar mi respiración. La Yairá repta hasta llegar al pecho. Ahí se detiene, posa su cabeza. Está escuchando los latidos rápidos de mi corazón. Un corazón enfermo. Se enrosca en mi cuello, siento el perfume empalagoso de mamá y luego ella aprieta fuerte la tráquea. El Bagre hace ese sonido, cinco veces.

—Ya está —dice el Bagre—. Ahora ella va a decir y decidir.

–¿Cuántas veces me dijiste te quiero? –me susurra la Yairá en el oído, tiene la voz de mamá.

–Te moriste y nunca te dije te quiero. Nunca te dije te quiero –repito con total honestidad y siento culpa.

La culpa no sirve, decía el Cabezón.

La Yairá sesea unas palabras que no entiendo y después se mete por la oreja. Penetra, desgarra, destruye. Atraviesa el tímpano, sigue entrando. Sigo consciente pese al dolor insoportable. El Bagre ríe y salta. La vista comienza a fallarme, cierro los ojos y chillo. Deseo morir.

La Yairá muerde, deja su veneno corrosivo. Busca en mi cerebro hasta que encuentra un recuerdo dulce. Todo se vuelve negro.

Despierto en la frontera, el sol empieza a salir. Mis brazos están sanos, la pierna también. Respiro y los pulmones se sienten libres. Hacía mucho tiempo que no me sentía así. Miro hacia delante y el puesto de patrullaje está vacío. Miro la hora del reloj, son las cinco y media. Mientras cruzo la frontera recuerdo el postre que me hacía mamá, un budín de pan relleno con dulce de leche. Escucho un sonido que sale de las hojas de los árboles, de los insectos, de las raíces, de los pájaros, del agua. Es una lengua chasqueando cinco veces. Me adentro en la selva, con hambre.

Me doy cuenta de que, a las puertas de **Lápidas podridas**, me toca oficiar de *gatekeeper* y lanzarles una similar advertencia: *no entren en este lugar*. No, temerarios lectores, no se sumerjan en estas páginas que transpiran sangre, erotismo, locura. No se internen en este mundo plagado de rareza, de horror, de desenfreno. No se adentren en estos relatos que en verdad son el conurbano de un infierno que ofrece todo lo contrario a la serenidad bíblica o dantesca.

Adriano Duarte


ISBN 978-987-48761-7-1
9 789874 876171